


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800.

JOSÉ PACÍFICO OTERO

LA FRANCIA QUE SANGRA

PARIS
LIBRAIRIE P. ROSIER
26, rue de Richelieu, 26

MCMXV

LA FRANCIA QUE SANGRA

DEL MISMO AUTOR

La Crisis de mi Fe.

JOSÉ PACÍFICO OTERO

LA FRANCIA QUE SANGRA

PARIS
LIBRAIRIE P. ROSIER
26, rue de Richelieu, 26

MCMXV

DEDICATORIA

A los que no van a las trincheras, pero están alerta para defender a la Francia esgrimiendo la pluma con mano patriótica y caballeresca, dedico este libro.

Yo soy de América, de las playas donde el Plata se deja sentir con sus armonías atlántidas; pero una solidaridad de raza y de cultura me une a este pueblo, creador de democracias y cuna de una redención futura.

INTRODUCCIÓN

La Francia que Sangra *no tiene pretensiones didácticas. Es un libro de exposición, de cómo se encara y se analiza la guerra en una parte de Europa, y sigue el sendero de todos los que anhelan la paz para que la civilización no retrograde un medio siglo y sean frutos de verdad las ventajas obtenidas por el esfuerzo humano en tantas décadas de esperanzas y de trabajo.*

Bien se entiende que estos votos no son los de un piadoso sentimentalismo y tienen por base la no profanación del derecho y el reinado de la justicia.

Francia mutilada no puede en modo alguno inclinarse desde ya ante el altar de la paz. La oliva simbólica tremolará en sus manos

cuando vuelva a su integridad geográfica lo que se le ha arrebatado por la fuerza y que con la fuerza quiere reconquistar vertiendo heroicamente su sangre.

Para lograr este fin cuenta con una doble fuerza que no puede desestimarse por nadie.

Esa doble fuerza es la justicia de la causa que defiende y el concurso eficaz que una alianza juramentada con pacto solemne le aporta al campo del honor en el cual se debate.

Nada desentona en estos momentos en que un ritmo militar late en el pueblo. — Es un hermoso espectáculo de unidad — de concordia que el mundo entero admira en la Francia.

No digo que las naciones que ahora son sus rivales carezcan de esta cohesión — no tengan esta sorprendente unidad. Pero si bien se mira, hay diferencia entre unidad y unidad, entre cohesión y cohesión.

Los pueblos que están más allá del Rin tienen la unidad de la disciplina — la unidad militar que las testas coronadas, las sillas imperiales no han podido descuidar para dar base firme a un imperio político.

De este otro lado, por el contrario, — en Francia — la unidad ha sido el fruto de la libertad; más bien dicho, de la espontaneidad — como en el caso presente — de la inspiración.

He ahí por qué en la patria de Juana de Arco no hay en la hora actual nada más que un solo partido, que es el partido de la defensa — con un solo jefe, que sabiamente lo comanda.

Francia está toda entera en Joffre como en el más modesto de sus soldados y ni un solo corazón decae porque el sacrificio a cumplir es carga y es el deber de todos.

Larga o breve, la lucha la sostendrá hasta el fin.

Los mártires de la Argona y del Marne — los caídos en la Alsacia como los muertos en la Champagne — clamarán al cielo si la sangre vertida por ellos fuera para concluir con un sacrificio estéril.

Es sangre vertida con amor — con caballerosidad — sangre de holocausto en fin, y perdería su mérito si de su efusión la Francia no sacara provecho.

Son los muertos que hablan; y a sus clamores no puede cerrar sus oídos el pueblo que los ha tenido abiertos para todas las dolencias, para todas las servidumbres, para todas las congojas de la humanidad.

Ella espera vencer; y guiados por esta luz — que es de esperanza — sus marinos y sus capitanes pilotean la nave.

París, abril 26 1915.

LA
FRANCIA QUE SANGRA

I

El ambiente de París y los dos momentos. — La guerra fué para Francia una sorpresa. — El grito de alerta dado por el Senador Humbert. — La reacción patriótica. — Cómo se hizo el patriotismo. — El enemigo sobre París. — El momento de mi partida. — Lo que es ahora París. — La visita de los Zepelines no lo inquieta. — Los heridos y el cortejo público. — La confianza en la victoria.— El Arco de la Estrella sitio de rendez-vous para los vencedores. — El abrazo de las naciones.

Después de más de seis meses de ausencia he vuelto de nuevo a París. ¿Cómo lo he encontrado? ¿Cuál ha sido su fisonomía trágica y cuál es ahora la esperanza patriótica que late en los habitantes del Sena? Si la

pluma debe de tener por misión reflejar la verdad vista y sentida, la mía tratará de hacerlo al dar a conocer el ambiente parisiense en el cual he vivido y en el cual siente mi alma tantos estímulos para la vida activa y fecunda del pensamiento.

Hagamos un paso atrás — extendamos la mirada a los prolegómenos de la hora trágica y tendremos así la sensación de los dos momentos, del momento en el que el patriotismo tuvo que poner en juego todos sus recursos y del otro en que todas las cosas han encontrado su quicio.

Que la guerra fué para la Francia una sorpresa calamitosa, parece que no debe ser un misterio para la conciencia de nadie.

La herida que en ella había abierto el triunfo prusiano — la hacía sangrar, es cierto, pero resignada al dolor, confiaba al tiempo su cura final y a él mismo los acontecimien-

tos que le proporcionarían tan enorme satisfacción.

En el mismo mes de julio y cuando hacía crisis la Europa, recuerdo que el senador Humbert — desde el recinto del Senado — ponía alerta a la Francia.

Nos falta artillería de sitio — decía él; — el aprovisionamiento del ejército no está previsto, hay una serie de fallas en la organización militar y si la Francia es atacada por su frontera corre peligro la salvación nacional.

Quince días más tarde la Europa ya estaba en llamas y la Francia amenazada por el invasor.

Un suspiro de congoja y de pena se hizo oir por todas partes, pero reaccionando contra el aplastamiento que podría ocasionarle su deficiente organización militar y la inseguridad sobre la actitud que en tal

emergencia podría asumir Inglaterra, se puso en marcha, movilizó sus soldados, cerró sus puertas a todas las alegrías, a todos los epicurismos sociales, e hizo que el genio creador pusiera en sus manos los medios, los recursos, de que le privara, en hora oportunas, las disensiones políticas.

Se aceptó la guerra — pues — no como una ilusión sino como un destino; no como un camino para sembrar triunfos, sino como un recurso providencial para implantar libertades.

De ahí que el pueblo francés, desde el primer momento, obrara con tanta armonía, marchara en silencio y en calma.

Por las arterias sociales de París — que son en la verdad política las arterias de Francia —no circuló otro calor que el calor patriótico.

El patriotismo no se hizo — como podría esperarse — ni a son de trompetas ni de tam-

bores; el patriotismo se hizo marchando cada cual a su puesto, aceptando el sacrificio que imponía el destino y pensando que la Francia sería salva si la democracia se hacía una para ser una la idea que guiaría a sus armas. Desgraciadamente, en el primer momento, muchas de sus esperanzas no pudieron verse cumplidas; y de la noche a la mañana el enemigo que venía con un empuje de torrente franqueaba sus fronteras y a paso de vencedor desparramaba sus tiendas por la Champagne y la Picardía. De un salto el invasor se puso en Amiens, sus avanzadas llegaron hasta Chantilly, y el peligro de ver la ciudad sitiada produjo en París un pánico tan sólo comparable con el que sintió el extranjero el primer día al decretarse la movilización. El asedio se hizo para todos un fantasma. Ya se le veía a París ardiendo bajo las llamas de los obuses, ya se presentían sus

museos saqueados, sus iglesias derruídas, sus mansiones, hechas escombros, por el suelo.

En tal momento, y contra mi voluntad, pero obedeciendo a la ley de los hechos, yo debí partir. El primero de septiembre me puse en acción para iniciar el éxodo y ese mismo día por la noche salía para Londres por Dieppe y Folkestone. París quedaba en vísperas de resolver su destino. A sus puertas estaba la vida o la muerte; y mientras por muchos se esperaba que la sombra enemiga eclipsara su cielo, la batalla de la Marne la salvó — von Kluck y su armada perdió la gloria de hacer el asedio, de poner sitio a la ciudad.

Hoy que vuelvo a ella después de haberla abandonado en tan amargo trance, París no habla amargamente, sino que imprime a su gesto la sonrisa del éxito.

Ella no es ahora la ciudad triste y conventual que yo conocí apenas se iniciara la guerra. Todo lo que es conciliable con la situación dolorosa por que aún atraviesa la Francia — actúa allí — vive allí. De ahí que su impresión no sea la de una ciudad que sufre sino la de una ciudad que trabaja.

Hay una confianza absoluta en la victoria final, y esta confianza se acrecienta a medida que el invierno se bate en retirada y los árboles principian a reverdecer bajo la primer caricia de la primavera.

Como ella sabe que la victoria no se decidirá en los aires, sino en el campo de batalla o en las avanzadas sobre las trincheras, no le inquieta mayormente que la visiten en noche estrellada los Zepelines. Es éste para París un espectáculo de divertimiento ; y más de un Francés desearía vivamente volver a sentir de nuevo la singular emoción que a

todos nos causó el raid zepelineano del veintiuno de marzo. Tal operación de los Zepelines — dice Maurice Barrés — no es más que una operación política y sin ningún interés militar.

« Es el Kaiser que se entretiene haciendo mirar al cielo a sus soldados en derrota». ¡ Mirad, les dice, mirad allá arriba nuestro Zepelín volando sobre París ! »

Si este hecho de los corsarios pudo producir alguna inquietud sobre alguien de la población parisiense, la masa — la masa total de sus habitantes — no ha perdido su aplomo. Los partes de la guerra se leen con el mismo interés de siempre; se habla ya de la Bélgica reconquistada, de los enemigos hechados fuera de Francia, del Bósforo y de los Dardanelos forzados por las escuadras aliadas y se ensayan los publicistas en resolver el destino de Constantinopla, una vez el Turco vencido.

Desde la Sorbona hasta el más modesto de sus Liceos, los conferencistas estudian y comentan la guerra.

Un día es Bélgica, otro día la Servia, el punto en que se concentra el análisis. Nadie intenta sustraerse a este ambiente — ambiente de confianza — de calma patriótica; y por doquiera que el soldado asoma con la venda sobre la frente o con la muleta bajo el brazo, la compasión popular lo acompaña — o más bien dicho — una mirada de cariño le hace cortejo.

Tal es París y así se encuentra en este momento en que una trayectoria guerrera le impuso la chaqueta militar a su traje civil.

Tiene la confianza en la victoria, y sabe que el voto de todo el mundo civilizado le pertenece. Ciudad sagrada para la libertad de la Europa latina — sabe y siente que

el rumor de la democracia sube hacia ella.

Estas simpatías las recoge, las guarda, y para premiarlas espera el momento en que sobre su cielo alboree el triunfo.

Su Arco de la Estrella ¿ no será el punto de cita para los ejércitos vencedores ? ¿ No partirá de allí mismo la palabra de gratitud hacia el mundo civilizado ?

Si nos fuera lícito anticiparnos a los acontecimientos que el destino y el tiempo guardan en sombras, podríamos imaginarnos a París preparándose para el apoteosis de paz. ¿Pero quién nos impide figurarnos desde ya el cortejo ? ¿Quién puede ponerse como óbice para concebirlo tal cual será cuando el último cañón deje de sonar y los soldados vuelvan a su cuartel ?

Nada ni nadie es para esto un obstáculo. He ahí porqué más de un alma francesa estará

contando las pulsaciones que la llevarán a este suspirado triunfo.

El pueblo que el primero de agosto partió en silencio para ir a la guerra, volverá de ella tremolando banderas y dando vivas a sus jefes.

El capitán que organizó su defensa recogerá la ovación de los inválidos, el coraje de los que pelearon sin tregua, la bendición de ultra tumba de los que han muerto — de los que el obús y la bayoneta han arrebatado a la vida.

Será el abrazo de las naciones y el pacto de una nueva alianza.

Escrito con sangre que se derramó tan copiosa, las generaciones tendrán que respetarlo como un algo sagrado.

De él se espera la paz, de él el respeto a los débiles y a la soberanía de los estados; de él finalmente, la era en que la tierra pueda

dar sus frutos sin que nadie se los arrebate por rapiña y todos coman y beban cual si la humanidad no fuera más que una sola familia y el globo en que habitamos una mesa común.

II

La humanidad constreñida como el Lacoonte helénico. — Los pacifistas y los no pacifistas. — La hecatombe del dolor humano. — El hálito que cruza por Europa. — A lo que está dispuesta la Francia. — Una declaración oficial de Viviani. — Una corriente de dolor común une a la Francia con los Estados de América. — Alemania no es un imperio arcaico. — La manera de hacer la guerra le ha restado una gran parte de opinión mundial. — La protesta que viene a mis labios. — En una página de sinceridad el Cardenal Mercier relata los horrores alemanes en Bélgica. — Sólo a los Alemanes puede interesarles el ocultar la verdad. — Lo que puede y lo que no puede discutirse. — La mentalidad latina y su sensibilidad de origen. — Alemania y Francia según Ernesto Lavisse. — La *Revue des Nations* y el profesor G. Lanson. — Flammarion y su reciente discurso en la Sorbona. — El abismo a salvar.

La humanidad es un dolor y un dolor permanente. Ella se esfuerza por que la dicha sea

su horizonte, porque ningún nublado obscurezca su cielo; pero una ley — o muchas leyes a la vez — la complican, la cercan y la constriñen, como las serpientes mitológicas al Lacoonte helénico.

De este martirio, de este destino tiránico, ¿podrá verse libre algún día?

Los prosélitos de las doctrinas pacifistas lo esperan así. La humanidad no ha cumplido su ciclo. Por más civilizada que se encuentre, la barbarie pesa aún sobre ella con influencia terrible. Hay egoísmos que la envenenan — ambiciones que le cierran su ruta — rivalidades, en fin, que no se satisfacen sino es viendo correr arroyos de sangre.

Liquidado todo eso — puesto cada poder en su rol respectivo — no habrá ofensas a la justicia, y por lo tanto la paz será el patrimonio de todos.

Los contrarios a esta doctrina no discurren

así; y después de asentar como base que la guerra en sí misma puede ser a veces así como un divino presagio, sostienen que la humanidad progresará en sus accidentes — en sus detalles orgánicos — intelectuales y constitutivos; pero que en el fondo — lo que es ahora, será siempre, malgrado la cultura, la civilización, que ya forma jalones.

Hay en la vida algo que será necesario suprimir, arrancar desde su más profunda raíz.

¿Pero quién puede — quién será capaz — y con qué medios — de reducir a la impotencia ese factor que se llama el mal? ¿No está el mal en el hombre y a pesar del hombre?

En los dolores físicos como en los morales — en los que postran al individuo como en los que agotan al pueblo — ¿no se ven sus garras, su pica, su ariete demoledor?

Encarada así la cuestión — como se vé — es una cuestión difícil a resolver.

Pero como lo que la sociedad necesita no son teorizantes — metafísicos — discutidores de escuelas; como lo que ella necesita son estadistas — conductores geniales — inteligencias que vean el peligro y lo desvíen — jefes que conozcan las asechanzas y las malogren — capitanes en fin que lleven espadas, pero que no la profanen, que organicen la fuerza, pero que no la dogmaticen en tiranía — nada tiene de lírico — nada de ilógico ni de imposible — pensar y proclamar la paz — como armonía, como único y supremo destino social.

No es esta guerra una razón para descorazonar a los pacifistas. Es, por el contrario, un caso, un motivo providencial, para difundir por todas partes su acción.

¿Se considera todo el dolor humano que gime en tan enorme hecatombe? ¿Se piensa en todos los sepulcros que se abren, en

todos los cuerpos que se mutilan, en todos los seres que, al venir a la vida, se pierden y se malogran?

¿Podrán contarse todas las heridas del amor materno, las que ha abierto el heroísmo filial y las que deja sangrando las separación ineludible y forzosa de dos corazones unidos con igual destino? Se reniega de la guerra, porque ella paraliza el comercio — mata a la industria y causa otros males de los cuales ningún provecho puede sacar el oro de los estados. ¿Pero qué es todo esto — esta paralización — este cierre de los mercados mundiales — ante el dolor que brota a gemidos de la carne humana? ¿No es éste el reproche espiritual que trae consigo la barbarie? ¿Para qué el arte de la guerra, si con él, en lugar de darnos la vida, vamos a darnos la muerte?

¿No nos basta tener como enemigos el

hambre, la peste y mil otros agentes de destrucción contra los cuales lucha meritoriamente la ciencia — que todavía a los agentes mortíferos de la naturaleza agregaremos los que el paganismo colocaría como ofrenda sobre los altares de Marte? Armarnos así — matarnos así — ¿no será ponernos en camino de la locura?¿ Hasta cuándo abusará el hombre de su poder — hasta cuándo hará primar sobre el derecho la fuerza? Su sangre, en lugar de consagrarla al heroísmo, ¿no es mejor que la consagre a la libertad?

Dejemos — pues — de hacer de la guerra un culto, depongamos las armas bajo la tienda de una unión pacífica y no distraigamos las energías que a la humanidad le han servido para su progreso — en barbarizar los instintos — en obscurecer su horizonte y su ruta.

Después de siete meses de guerra, este

hálito — es el hálito que cruza por Europa. Todos pelean, pero todos desean la paz. ¿Cómo hacerla, cómo plantearla, cuando el conjunto de intereses en lucha es tan enorme y complejo?

Desencadenada la tempestad, se desencadenaron todas las ambiciones. Acaso antes — antes de que las espadas se hubieran desprendido de su cinto, la diplomacia hubiera arreglado los pleitos; pero rotos los diques por la invasión en marcha, el principio del fin — hablando en lenguaje bíblico — fatalmente tiene que corresponder a las armas. He ahí como la guerra es cruel, es inicua. ¿No funda, no sanciona el derecho?

En la Europa que lucha, Francia está desde el principio a la vanguardia.

Su sangre ha corrido a torrentes y está en disposición de espíritu para seguir heroicamente hasta el fin.

« No menos que la Inglaterra, la Rusia, la Bélgica, la Servia — acaba de decir en un bello discurso el presidente del Consejo de ministros René Viviani — la Francia no ha querido la guerra. Pero mientras tanto — como ya lo declaré otra vez — con sus aliados ella llevará la guerra hasta el fin. Nosotros tenemos la certidumbre de la victoria que será la de la justicia. Queremos a la Europa libertada, a la Bélgica libre, la restitución de las provincias perdidas, destruído el militarismo prusiano, pues la paz del mundo es inconciliable con sus sangrientos caprichos. » Una gran parte de la opinión mundial suscribe estas líneas; y al ambicionar el triunfo de Francia, ambiciona para la organización social los fundamentos de la justicia.

La opinión americana sigue casi en masa su ruta; pero al mismo tiempo se insinúa un pensamiento que no debe hacer de lado la

Europa. El mal ejemplo de la discordia — como lo verá el lector en este libro — ha repercutido por aquellas playas dolorosamente, y de él poco o ningún provecho — para su progreso — ha podido sacar la democracia.

La opinión americana tiende más al arbitraje y al pacto que a entregar su destino al azar de una guerra. Sabe que el árbitro trabaja con la inteligencia — mientras que la guerra coloca a ésta en la potencia de sus cañones. Sobre todo la cultura no puede subordinarse a la fuerza; y aunque noveles y de reciente figuración en el mundo, el puesto conquistado por las Repúblicas Americanas evidencia su indiscutible progreso.

Francia influye sobre ellas con una supremacia intelectual que nadie se la discute. Se canta su Marsellesa con tanta virilidad como sus himnos patrios, se recitan sus poetas con la misma familiaridad con que se cantan sus

trovadores indígenas; y cuando a sus estadistas se les pide un lema que sintetice todo su credo político — como Francia — subrayan este trinomio que lo dice todo : *Libertad-Igualdad-Fraternidad.*

Estas páginás no tienen otro fin que poner todo esto en evidencia y en hacer ver cómo una corriente de dolor común une a las democracias de Europa con las democracias de América. En modo alguno pueden importar un reproche a lo que tiene en sí de sano y de viril la nación alemana.

« No es Alemania un imperio arcaico, escribí en otra oportunidad, sino una nación de ayer. De las naciones de Europa es la más joven. Es una agrupación étnica de sesenta y siete millones de habitantes y su edad como estado apenas pasa un poco a la edad todavía juvenil de los cuarenta años. ¿Piensan los que la atacan y desprestigian que

puede llegar al ocaso quien todavía no ha salido del arrebol de las auroras?

« Para las naciones los siglos son años. Son tantos sus destinos a cumplir — tantas las fuerzas que por un motivo o por otro deben entrar en marcha — que mientras una generación traza su línea recorriendo su órbita — mil otras se preparan, se elaboran para jugar un rol en sucesos que luego pasarán a ser recuerdos de las edades remotas. »

Pero a fuer de ser razonable es necesario convenir que la manera de hacer la guerra le ha restado una gran parte de la opinión mundial.

La ofensiva de sus armas en Bélgica marca una etapa, por sus horrores vandálicos, sin precedente en la historia.

Cuando estaba en el Plata y los ecos de la conflagración me llegaban por los caminos de una información en la que es fácil que se

deslice la mentira con un disfraz de verdad — mi espíritu no podía aceptar esos hechos e instintivamente los rechazaba en nombre de una sensibilidad común. Pero acortada la distancia por mi vuelta a Europa y más cerca que antes del teatro donde la tragedia acumula sus víctimas — el dolor humano llega a mi espíritu y espontáneamente un eco de protesta viene a mis labios.

No puede haber simulación, no puede haber mentira en una pluma que, como la del Cardenal Mercier, redacta esta página :

« Yo dije — escribe — el que trece eclesiásticos fueron fusilados en la diócesis de Malinas. Según mi conocimiento actual, hay más de treinta en la diócesis de Namur, de Tournai y de Liége. En esta querida ciudad de Louvaina — y de la cual yo no podré apartar mis recuerdos — la soberbia Colegiata de San Pedro no se revestirá más de su

antiguo esplendor; el antiguo Colegio de San Yves; la escuela de Bellas Artes de la ciudad; la escuela comercial y consular de la Universidad; los mercados seculares, nuestra rica biblioteca con sus colecciones, sus incunables, sus manuscritos inéditos, sus archivos, la galería de sus glorias desde los primeros días de su fundación — retratos de rectores, de cancilleres, de profesores ilustres, ante cuya presencia los maestros y los discípulos de hoy se impregnaban de noble tradición y se armaban así para el trabajo — toda esta acumulación de riqueza intelectual, histórica, artística, fruto de cinco siglos de trabajo, todo está en ruina.

« Centenares de inocentes fueron fusilados; yo no tengo una estadística exacta de este siniestro necrológico, pero sé que hubo noventa y uno en Aerschot y que allí — bajo la amenaza de la muerte — sus conciudadanos

fueron obligados a cavarles la sepultura.

« En las aglomeraciones de Lovaina y en las comunas limítrofes, ciento setenta personas, hombres y mujeres, ancianos y niños de pecho, ricos y pobres, sanos y enfermos, fueron fusilados y quemados. En mi diócesis sólo, yo sé que trece sacerdotes o religiosos fueron muertos. Uno de ellos, el cura de Gelrode — según todos los indicios — murió mártir. Yo hice una peregrinación a su sepulcro ; y rodeado de los fieles que hasta ayer, con el celo de un apóstol él cuidaba, le pedí que desde el cielo vigilase por su parroquia, su diócesis y su patria.

« No podemos ni contar nuestros muertos, ni medir la extensión de nuestras ruinas.

« ¿Qué sería si dirigiéramos nuestros pasos hacia las regiones de Lieja, de Namur, de Audenne, de Dinant, de Tamines, de Charleroi, hacia Virton, la Semois, todo el Luxem-

bourgo, hacia Termonde, Dixmude y nuestros dos Flandres? »

Después de leído el relato que precede cualquiera se hace esta reflexión : que los alemanes se esfuercen en ocultar la verdad — es pasable. Está en juego para ellos — en este instante — si no su vida, su honor nacional. Pero para los que somos extraños a su nacionalidad, aunque no a la influencia cultural que proyecta su historia — ocultar el delito no nos interesa y sí, por el contrario, es un deber agregar nuestro anatema al anatema de todos. Una guerra puede ser justa; pero a nadie se le escapa que la justicia se pone en crisis cuando se acude a procedimientos vedados — sin excepción ninguna — por el sentido común que es ley sagrada en la conciencia del hombre.

Podrá discutirse el derecho a violar o no una neutralidad — según las razones que en

pro o en contra haya para hacer de lado un tratado; pero lo que no puede discutirse es la sangre vertida por placer — el terror implantado como sistema — restar a la civilización, a la humanidad y al arte — por título de venganza o de represalia — lo que por una razón estética o espiritual está por encima de las luchas humanas.

La mentalidad latina no puede renunciar a su noble sensibilidad de origen. Para ella la seducción no está en la fuerza que triunfa ni en la marcialidad que avasalla.

El coraje lo subordina a la razón, la victoria al derecho, y su ideal como raza no es el hombre soldado, sino el hombre, sér libre, ciudadano en su patria y no sujeto a los imperialismos de nadie.

De ahí que Ernesto Lavisse se exprese así : « La guerra actual ha puesto frente a frente dos concepciones diferentes de Dios

y de la humanidad. Donde la Alemania dice SÍ, la Francia dice NO.

Los Alemanes enseñan que en caso de conflicto las necesidades de la guerra priman sobre la humanidad, que el derecho es inferior a la fuerza, que los débiles deben desaparecer para dar sólo existencia a los fuertes, que la guerra es querida por Dios — que la tiene entre sus planes y que no es lícito contraponerse a esta voluntad. (1)

Finalmente, ellos sostienen que todos los medios son buenos para llegar a un fin en la guerra y que la Alemania está predestinada — doctrina de sus filósofos como de sus teólogos — para gobernar al mundo después de haberlo salvado. »

Es así — teniendo en cuenta esta contradicción de mentalidad — como no es posible un acercamiento moral de los sabios franceses con la Alemania de hoy.

Todas las tentativas como la de Häberlin, profesor de la universidad de Berna, y la de Reynold, catedrático en la universidad de Ginebra, tienen que ir al fracaso. Los profesores suizos, fundadores de la *Revue des Nations,* ensayan un acercamiento amistoso entre los dos estados beligerantes; pero, según G. Lanson, esto no podrá suceder mientras la aparición de una nueva Alemania no haga olvidar la Alemania prusiana de hoy :

« Quedará una comunión de inteligencia entre los Franceses y algunos genios alemanes que, como Goethe, Kant y Beethoven, pertenecen al mundo, y jamás nuestros sabios y nuestros eruditos nos prohibirán el uso de la ciencia y de los libros alemanes. Pero mientras del otro lado del Rin no se dé una prueba auténtica y positiva de que se ha vuelto a la civilización — no podrá haber otro contacto

con Alemania que el contacto espiritual recientemente insinuado, el contacto del mundo ideal.

Muy duramente hemos llegado a conocer a Alemania y he ahí porqué — de nuestras ilusiones — quedaremos curados por mucho tiempo. »

Y Flammarion, en su reciente discurso de la Sorbona que tuve la ocasión de escuchar, nos dice : « Los Alemanes y los Franceses no hablan la misma lengua intelectual, no son de la misma raza. Un abismo nos separa no obstante cierto intercambio con algunas excepciones cerebrales. Sería pueril negar el valor intelectual de un Refler, de un Kant, de un Gœthe, de un Mozart, de un Beethoven, pero estos genios pertenecen a la humanidad entera, no pueden ser encerrados dentro de las fronteras del militarismo alemán, y si asistieran hoy día a sus abominables

hazañas, ellos serían los primeros en maldecirlo y en separarse de él.

«Esta prueba de una diferencia radical entre la mentalidad alemana y la nuestra, me llena —lo confieso —de un profundo sentimiento de tristeza, porque hasta el día presente había mirado a la humanidad con ojos de astrónomo para los cuales las fronteras no existen — y veía en el género humano una inmensa familia iluminada por el sol de la libertad. El pangermanismo, cuya ambición convertía a esta familia en esclava de su dominación orgullosa, nos obliga a una desagradable restricción que atenúa nuestra expansión fraternal. » (2)

De todo lo dicho, la existencia de un abismo intelectual entre los pueblos de uno y otro lado del Rin, queda manifiesta. La guerra no ha hecho más que descorrer el velo, que exhibirlo en una pavorosa des-

nudez, y cumple a la guerra también — al pensamiento ordenador que surgirá de su macabro espectáculo — salvarlo sabiamente en la empresa nobilísima de una labor común que a nadie obstaculice y que sea la dicha y el engrandecimiento de todos.

La humanidad tiene derecho a esperarlo así si el concepto de civilización no lleva involucrado el de un enorme fracaso.

III

Cuestión que interesa vivamente a la Francia. — Donde se encuentra la naciônalidad. — Los Galos y el Rin. — Opinión de un publicista al respecto. — Problema planteado por la guerra. — El Rin cuestión flagrante del continente según Víctor Hugo. — De dos estados rivales él deseaba hacer dos estados armónicos. — Dos egoísmos que según su criterio amenazaban a la civilización. — Francia después de Waterloo. — Antipatía que podría convertirse en odio. — El gran poeta salva el peligro proponiendo que vuelva a la Francia la rivera izquierda del Rin. — A la mutilación que le causó el Congreso de Viena, Francia tuvo que agregar la que le causó la Prusia. — El espíritu nacional francés se despierta hoy bajo nuevos estímulos. — En el Rin está toda la historia de Europa. — Es mejor hacer por la razón lo que de otro modo se deberá hacer por la fuerza. — No se deshonran los pueblos al rectificar sus errores. — El Rin no recobrará su trasparencia, dice el

P. Didon, hasta que la herida de Alsacia y Lorena no deje de sangrar. — El sueño de Alemania. — En la lucha por la preeminencia la victoria pertenece al de mejor visión. — El ritmo que acompaña a las naciones.

La cuestión de la Alsacia y Lorena lleva comprendida otra cuestión fundamental que interesa a la Francia : ¿ Cuáles deben ser sus límites naturales por su frontera del Este ? Los Vosgos, dicen los Alemanes; el Rin, replican los Franceses. De una como de otra parte se invocan razones poderosísimas. Para los Alemanes, la razón de nacionalidad les autoriza a ser los detentores de las dos riveras del Rin.

Donde se habla el alemán ¿no está, según ellos, la patria alemana?

Los Franceses por el contrario discurren de otro modo, y dicen que la nacionalidad no lo hace la lengua; que ella está en la reunión de razas semejantes y en la similitud de cultura.

« La identidad de cultura, escribe un publicista francés, con la parte enorme de cristianismo que durante varios siglos ha sido el refugio de la civilización, ha hecho que hombres de origen distinto — de latitudes diversas y aun de razas diferentes — al encontrarse en un mismo suelo se reconocieran hermanos por los ideales, por los deseos, por los fines a todos ellos comunes.

« Esta identidad de cultura se encuentra por toda la región romana. Los Galos, los Galos Romanos, y los Francos después, se han extendido por toda la rivera del Rin. Ellos fundaron la Baviera y la Bohemia. Del año cuatrocientos y por un período de más de doce siglos, han dominado casi sin interrupción la Alemania del Sud y jamás pensaron en plantear reivindicaciones, puesto que ellos habían sido los primeros en arrojar la semilla de la civilización. »

La razón de este fenómeno, el escritor de la referencia, la apoya en una ley histórica : las naciones tienen sus límites naturales y contra ellos nada son ni el genio de Alejandro — de César — de Carlomagno o de Napoleón. La Inglaterra tiene sus fronteras naturales que son el mar ; la España los Pireneos; la Italia los Alpes. La Galia — llamada después la Francia — tiene como límites naturales — por el consentimiento universal desde las primeras horas de su historia, aun mismo desde la prehistoria — el gran río que es el Rin.

« El Rin es por lo tanto el límite fijado por la naturaleza, la raza y la cultura a la nación francesa. »

La guerra — pues — ha planteado un problema que en el corazón de la Europa estaba latente.

El desarrollo del progreso moderno es

cierto que no lo dejaba ver. Preñada la Europa de tantos problemas económicos y sociales, no daba tiempo a sus estadistas para pensar en las riveras de un río de cuya noción geográfica y política depende el equilibrio del continente.

Hoy la guerra lo ha invertido todo; y las cuestiones que absorbían la atención pública porque parecían fundamentales, han pasado a un plano inferior, y en el tapete de la discusión pasan a ocupar su puesto las que por un designio fatal habían sido hechas de lado.

Paseándose por la Alemania del Sur, hace más de setenta años, Víctor Hugo dejó escapar a su pluma esta frase que es en verdad de un tono profético : *El Rin será la cuestión flagrante del Continente.*

Y tenga en cuenta el lector que el gran poeta no hablaba bajo la presión de prejuicios patrióticos.

« La Alemania — hablaba en tercera persona — es una de las tierras que él ama y una de las naciones que él admira. Él tiene casi un sentimiento filial por esta noble y santa patria de todos los pensadores. Si él no fuera francés, desearía haber sido alemán. »

Cuando Víctor Hugo se expresaba así, era su ideal buscar la estabilidad de la Europa haciendo de dos estados limítrofes no dos estados rivales sino dos estados armónicos.

¿ Cuál era su visión, cómo encaraba el momento difícil por que pasaba la Europa? Escuchémosle : « Dos egoísmos amenazan a la civilización. Estos dos egoísmos son la Rusia y la Inglaterra. La Europa debe defenderse. La antigua Europa, que era de una construcción complicada, ya está demolida; la Europa actual es de una forma más simple. Ella se compone esencialmente de la Francia y de la Alemania, doble centro sobre el cual

debe apoyarse al norte como al mediodía el grupo de naciones.

La alianza de la Francia y de la Alemania es la constitución de la Europa. La Alemania vinculada a la Francia detiene a la Rusia — la Francia vinculada amistosamente a Alemania detiene a Inglaterra.

La desunión de la Francia y de la Alemania, es la dislocación de la Europa. La Alemania vuelta hostilmente contra la Francia deja entrar a la Rusia ; la Francia hostilmente vuelta contra Alemania deja penetrar a Inglaterra.

De ahí que lo que mejor conviene a los dos estados rivales es la desunión de la Alemania y de la Francia.

Esta desunión ha estado preparada y combinada en 1815 por la política ruso-inglesa. Esta política ha creado un motivo de animosidad entre las dos naciones centrales.

Este motivo de animosidad es la posesión de la rivera izquierda del Rin hecha por Alemania, pues esta rivera izquierda pertenece naturalmente a la Francia. »

Las líneas de Víctor Hugo precisan exactamente los puntos de que parte el conflicto.

Después de la derrota de Waterloo, la Francia estaba resignada a todo, menos a la violación de sus derechos. ¿La respetó en sus aspiraciones la Santa Alianza ? ¿ El Congreso de Viena le permitió que se expandiera hasta donde le pedía su naturaleza, su tradición y su historia?

Sin avanzar en otros interrogantes sabemos que no.

Las naciones vencedoras de la revolución hecha carne en el espíritu de Napoleón, se confabularon para vengarla y le fijaron por límite en su frontera oriental una línea que sería para ella un eterno conflicto.

« Gracias a la política de Londres y de San Petersburgo — dice Víctor Hugo — después de veinticinco años nosotros sentimos la espina de Alemania en la herida de Francia. De ahí — en efecto — entre dos pueblos hechos para entenderse y para amarse esa antipatía que podrá convertirse en un odio.

« Mientras que las dos naciones centrales se recelan — se observan, se amenazan; la Rusia se desarrolla silenciosamente y la Inglaterra se expande a la sombra.

« Felizmente ni la Francia ni la Alemania no son egoístas. Son dos pueblos sinceros, desinteresados y nobles. Antes, naciones de caballeros, hoy día, naciones de pensadores; antes, grandes por la espada, hoy día, grandes por el espíritu. Su presente no desmentirá su pasado, el espíritu no es menos generoso que la espada.

« He aquí la solución : abolir todo motivo de

encono entre dos pueblos; cerrar la herida hecha a nuestro flanco en 1815; tomar los vestigios de una reacción violenta; volver a la Francia aquello que Dios le ha dado, la rivera izquierda del Rin. »

Más que una visión de la realidad futura, ¿no parece todo este bello plan, el plan de una infantil quimera?

Si nos concretamos a la sugestión que causan sobre muchos espíritus los acontecimientos — todo lo dicho por el autor del *Año Terrible*, no pasará de una enorme ilusión.

Sus esperanzas de 1838, no solamente no se realizaron, sino que esa Francia mutilada por el congreso de Viena fué mutilada de nuevo por la Prusia que victoriosa se levantó en Sedan.

A la herida moral causada por la diplomacia, ella agregó la mutilación geográfica de la Alsacia y de la Lorena.

Francia cubrióse con el crespón de los grandes dolores, y por medio de la misma pluma que en horas lejanas proclamara tan noblemente la concordia de los dos estados, lloró su desgracia, hizo vibrar en sus labios — como los profetas bíblicos — el anatema.

Hoy el espíritu nacional se despierta bajo nuevos estímulos, y como fruto y recompensa a la mucha sangre generosa que viene derramando, espera que, al terminar la guerra, sobre la izquierda del Rin, se recuesten, para disfrutar la paz, los que ahora combaten para desalojar al adversario y clavar los jalones limítrofes donde cree tenerlos, por tantos títulos, la nación.

« El Rin — dice Víctor Hugo — es un noble río, feudal, republicano, imperial, digno de ser a la vez francés y alemán.

« Allí está toda la historia de la Europa

considerada bajo sus dos grandes aspectos — en este río de guerreros y de pensadores, en esta corriente soberbia que hace estremecer la Francia, en este rumor profundo que hace regocijar a Alemania. »

Y si a costa de tan poca cosa es posible que la concordia internacional se produzca — que el equilibrio del continente traiga todo a su quicio — que el estado de guerra deje de ser un peligro y el de armonía una sanción, ¿por qué no se apura, no se precipita el momento de las concesiones, de las inteligencias recíprocas?

¿No es mejor hacer por la razón lo que por no hacerlo así se hará fatalmente por la violencia?

La humanidad tiene derecho de esperarlo así, de desearlo así. Y en estos momentos en que se siente tan lesionada en sus intereses, espera que el continente donde la civiliza-

ción ha llegado a su más alto nivel se pacifique, deponga las armas que la desinteligencia política ha puesto suicidamente en sus manos; y para bien de el mismo y de los pueblos que viven de su influencia, de su ejemplo y de su doctrina, otra era de grandes y de venturosos destinos se abra.

No es deshonra para los pueblos volver sobre sus pasos y rectificar sus errores.

Las naciones no están bajo la egida de lo infalible, de lo único que podría permitirles ser intransigentes, si la intransigencia fuera la posesión de la verdad absoluta.

« Entre Alemania y Francia, escribe el Padre Didon, existe un antagonismo profundo. El Rin que corre entre los dos pueblos se ha convertido en un río de sangre, y no recobrará su trasparencia hasta el día en que la herida de la Alsacia y de la Lorena no deje de sangrar.

« El verdadero nombre de la guerra sorda que existe entre Alemania y Francia es la lucha por la preeminencia. El sueño de Alemania — su ambición — es la pretensión de ser militarmente — políticamente — científicamente — moralmente — religiosamente — cerebralmente, la primera nación del mundo.

« El *chauvinismo* en Alemania, más que un sentimiento, es una teoría, un dogma científico. Estar a la cabeza de la humanidad — he ahí el sueño de los grandes.

« Yo deseo para mi país que no entre jamás a ser cómplice de tales maquinaciones; es preferible que reste aislado y que no busque alianzas insolubles que con sola la justicia. Que él deje a Alemania y a su canciller tramar nuevos complots : el pueblo verdaderamente grande es el que no tiene crimen. Si algún día las grandes iniquidades internacionales deben ser cometidas, el pueblo

francés tendrá el coraje y la virtud de poner su fuerza al servicio del derecho porque él pertenece a la raza de los caballeros.

« En esta lucha por la preeminencia la victoria pertenecerá a los de mejor visión; pero convendrá al mismo tiempo que el más inteligente sea también el más generoso y el más honesto. »

De todo lo dicho se deduce que Francia no tiene otra ambición que el reino de la justicia sea integrado en sus partes. La estabilidad de las naciones no puede fundarse más que en el culto y en el respeto al derecho.

En su marcha ascendente a través del tiempo un ritmo de armonía las acompaña y las dirige. De que su pulsación se respete — de que cada cual tenga su órbita — fatalmente — depende la paz o la guerra.

IV

Como ha entrado Francia en la guerra. — El tratado de Francfort. — Idea reivindicadora. — Francia no podía renunciar a la ley de revancha. — Los que en esta idea vieron una empresa imposible. — Todas las divisiones desaparecen ante la tragedia. — Su ideal de revancha no se apoyaba en la fuerza del Entente, sino en el instinto hacia la posesión de sus imprescindibles derechos. — Francia se bate por una ley histórica. — El pensamiento alemán se desenvuelve por senderos distintos. — Cómo encara un excanciller alemán la cuestión de Alsacia y Lorena. — Las estipulaciones del tratado de Francfort — según él son inmutables. — El concepto de necesidad en un estado sufre las fluctuaciones del tiempo. — Alemania y la crisis de su intransigencia política. — Los destinos sociales y la fuerza militar más organizada. — Una corriente pacificadora se abre camino en Alemania. — El coloso y la victoria. — Un francés que tuvo la visión del momento. — A la cautividad hay que ponerle fin.

De todas las naciones que en el momento actual van con más o menos coraje al campo de la guerra — es la Francia la que desde el

primer momento ha entrado en lisa desplegando al viento su bandera de reivindicación.

El tratado de Francfort que después del setenta puso fin diplomáticamente a su estado de guerra con Prusia, liquidó en apariencia el conflicto ; pero en el fondo dejó abierta una herida que no pudo cicatrizar la derrota ni el tiempo.

La mutilación del suelo francés fué aceptada como un destino fatal; pero junto con esa resignación impuesta por funestos reveses, se irguió una idea reivindicadora que no se apagó jamás — que titiló con fosforecencías luminosas en toda alma francesa y que, recostándose del lado de la justicia — de la justicia inmanente que guía a los pueblos — se hizo carne, se plasmó como el limo bíblico — en todas las clases, en todas las categorías de la Nación.

Los que no somos franceses, pero conocemos su historia y sabemos cual ha sido el pa pel importante que ha desempeñado la patria de Richelieu en el mundo — reconocemos que su orgullo de raza no le permitía desviar ese rumbo. Renunciando a su revancha histórica — Francia se declaraba perpetuamente vencida — malograba las esperanzas de sus más grandes patriotas y el estigma de nación moralmente subyugada y en decadencia, le restaba el respeto y la estima que se atrajo con tanta razón en las horas de sus grandes triunfos.

Pero si ésta fué su idea — su idea madre por decirlo así — no faltaron sin embargo almas francesas que en ese ideal de revancha vieran únicamente una empresa imposible. ¿Cómo recuperar lo perdido si el detentor del suelo sagrado es tan poderoso? ¿Cómo ir a su encuentro — batirle — reducir a silen-

cio su almena fortificada — si el germano vive con el arma al brazo — la coraza de acero cubriendo su tórax y sus bocas de fuego apuntando las cumbres — los desfiladeros por donde tendrían que precipitarse nuestros libertadores ?

En lugar de ir a su encuentro — a provocarlo — a inyectar sobre sus ojos la pólvora — ¿ no es mejor que hagamos de lado el pleito patriótico y todas nuestras fuerzas, nuestras energías — las consagremos a la formación de otra Francia, de la Francia colonial, de la Francia que surge como una expansión de la que vive en Europa, allá donde se leen los nombres de Argelia — de Túnez — de Marruecos ?

¿No es mejor apartar la vista de los Vogos y volverla al Mediterráneo — pensando que desde Tanger a Trípoli — como desde el Senegal hasta el Congo — nuestra alma

puede hacerse sentir haciendo vibrar nuestra lengua en razas que se incorporarían a la nuestra, en fuentes de explotación y de riquezas que harán más intensas las que ya el mundo reconoce por nuestras?

Pero revestida así de todas las formas brillantes y hasta seductoras que pudiera tener esta proposición — el ideal francés no pudo acomodarse a esta nueva visión; y malgrado sus luchas sociales — la anarquía de su democracia y los problemas planteados por el encono recíproco de sus castas liberales y conservadoras — el ideal único por decirlo así — no murió — no pudo morir jamás — como que él se hizo sentir tan fuerte — tan lleno de ardor y de coraje — apenas estalló la guerra.

De ahí que todas las divisiones internas desaparecieran como por encanto a la primera explosión de la tragedia.

En Francia no hay más que Franceses — se decían todos; y hasta el mismo partido socialista que en más de una oportunidad había sido sindicado de antipatriótico, sobre las cenizas aún calientes de su caudillo ultimado por la bala homicida en una de las noches precursoras de la tormenta, se alzó robusto — elocuente — lleno de una cohesión patriótica no soñada; y a partir de esa hora no pensó en otra cosa que en luchar — que en sangrar por defender y por salvar a la patria.

Esta actitud de la Francia, ¿puede servir de base para inculparle la guerra? Serenamente considerado este problema, nos parece que no.

La Francia por muchas razones, no pudo pretender reivindicar por la fuerza — ni sola ni acompañada — lo que la tradición — la etnografía y la historia — le hacían saber que era suyo.

Su alianza con Rusia y su entente con Inglaterra, podían servirle como de sostén a su esperanza reivindicadora, pero no asegurarle — no garantizarle en absoluto, el triunfo sobre su adversario por tantas razones temido. Lo que la mantenía en pie — la luz que le guiaba en su ley de revancha patriótica — más que la fuerza era la conciencia — el instinto hacia la posesión de sus imprescindibles derechos — la fé — en una palabra — que nunca falta en las naciones que sufren un gran dolor o que llevan sobre sus carnes — abiertas y sangrando — una de esas enormes heridas que no cicatriza ni restaña el tiempo.

Nosotros no nos batimos por una razón de conquista — decía un importante diario parisiense — cuando estalló la guerra; nos batimos por una razón histórica, y esta razón a los ojos del periodista como a los ojos de todos los Franceses desde la Bretaña al Medi-

terráneo y desde los Pireneos a los Vosgos era un motivo más que suficiente para salir de su letargo — aceptar el reto respondiendo, como correspondía a su honor, a la pregunta del Kaiser, e ir a la guerra — al entrevero de las naciones — con la profunda — con la inquebrantable convicción de que la victoria — a plazo más corto o más largo — sería suya.

Por su parte el pensamiento alemán se ha desenvuelto por otros senderos distintos.

Más allá del Rin no se ha creído nunca como posible una franca conciliación con la Francia mientras la Alsacia y la Lorena siguieran perteneciendo a los estados germánicos.

En la diplomacia alemana existía la convicción que con una nación vecina y rival no llegaría nunca a sellarse un acuerdo cordial mientras el imperio no tuviera la intención, la voluntad — la resolución franca y leal, de

devolverle las provincias cautivas. « Pero esta intención, ha dicho un político, ex-canciller del Imperio, no existe en modo alguno en Alemania.

« Ciertamente que hay muchas cuestiones en las cuales podremos marchar de acuerdo con Francia. Conviene por esto que nos esforcemos en mantener con ella relaciones corteses, calmas y pacíficas.

« Pero fuera de este punto no nos dejemos guiar de quimeras so pena de exponermos al contratiempo del astrónomo de La Fontaine, que — con los ojos fijos en las estrellas — cae en la zanja que estaba a sus pies y que él no había podido ver.

« Esta zanja se llama en el caso actual *le trou des Vosges.* » La cita precedente nos coloca — como se vé — en presencia de otra conciencia — de otra convicción que en la nación alemana es base y entra como

parte integrante de su poder nacional.

Pero si eso deja traslucir la letra, la afirmación categórica de su diplomacia — ¿esa conciencia puede ser tan absoluta que no asome una grieta — un filón por donde se infiltre la duda?

« No se comprende en Francia, continúa el mismo escritor, que lo que los Franceses toman como brutal rigor del vencedor — ha sido para nosotros los Alemanes una necesidad nacional.

« Acaso — con el correr del tiempo, el pueblo francés se amoldará a las estipulaciones del tratado de Francfort, sobre todo cuando llegue a palpar que ellas son inmutables.

Pero mientras la Francia crea entrever una posibilidad de rescatar la Alsacia y la Lorena con sus propios recursos o con la ayuda extrangera, en la situación actual será una

solución provisoria, pero no una solución definitiva. »

Alemania hace un hincapié en su « necesidad nacional » y en que las estipulaciones del tratado que le permitió entrar como triunfadora en dos provincias francesas — son inmutables.

A nuestro criterio de observador y de observador imparcial, nos parece que semejante lógica no es inconmovible en su base.

El concepto de necesidad en un estado tiene y sufre las fluctuaciones que acarrea el tiempo. Lo que hoy es necesario, mañana es superfluo — lo que en el momento actual puede ser su grandeza, en otro — en circunstancias no pensadas porque son fortuitas — ocasionarnos la ruina.

Que las estipulaciones de un tratado son mutables — lo ha demostrado ella misma inva-

diendo por la razón *a* — o la razón *b* — el reino de Bélgica.

Si la diplomacia alemana no quiere ser tildada de una lamentable miopía, tiene que aceptar con nosotros que la palabra escrita no siempre acompaña a la verdad de los hechos.

Para entonar su orgullo patriótico, Alemania pudo hablar así — escribir así, pero acosada por sus adversarios — puesta en jaque por fuerzas que tenaz y heroicamente le disputan el triunfo, su conciencia tuvo que haber sufrido trastornos profundos y entrado en crisis su intransigencia política. Que esta conclusión y otras semejantes han sido ya previstas por ella lo deja traslucir el pensamiento dominador de su política, de su militarismo, como de su diplomacia.

« Un acontecimiento que hay que hacer entrar en todo cálculo político — ha escrito

Bulow, es la guerra. » ¿Y porqué la guerra y no la paz me pregunto yo?

Sencillamente porque la vecindad de un pueblo agraviado no puede producir las ilusiones de un sueño pacífico.

He ahí al Imperio germánico temblando por su destino — dejando traslucir las incertidumbres de su grande — de su enorme — de su gigantesco basamento político.

Prepararse para una guerra es mucho, — es casi anticipar — preveer la victoria; pero si el plan previsto lo desmorona el tiempo — lo apartan de rumbo los factores ocultos que actúan en los destinos sociales; ¿qué es, ni qué puede significar, la mente o la fuerza política y militar más organizada?

En el caso actual sería interesante auscultar en sus más hondos latidos al sentimiento germánico. ¿Se pensará siempre en una victoria continental, o las voluntades antes más

tenaces para conseguirla — habrán cedido en su fuerza y puéstose en tren de negociar una paz honorable?

Los ecos que se difunden por todas partes — si bien reflejan la potencia enorme con que cuenta la defensiva alemana — al mismo tiempo dejan traslucir que una corriente pacificadora se abre camino.

El coloso que no ha vencido en el primer zarpazo difícilmente llegará a acariciar la victoria.

La liquidación del pleito parece que se aproxima; y la Francia espera que de esta enorme emergencia surgirá reintegrada con las fronteras naturales que ha sido su sueño — por no decir — su delirio político.

Alemania no parece que estuviera en tren de cerrar el paso a tan justa victoria.

Sus armas — fuertes como son — se encuentran bloqueadas por enemigos temibles.

Un francés tuvo acaso la visión del momento; y en páginas de un libro de patriotismo ejemplar dejó escrito este vaticinio que se principia a cumplir.

« Los Eslavos acaban de entrar apenas en el momento de la civilización moderna. Nadie puede decir donde se detendrá la marcha de este niño gigante que tanto inquietó al ojo de Napoleón y lo que podrá ser la Alemania un día si ella se llega a encontrar como entre las planchas de una formidable prensa, entre las naciones latinas que ella acusa de senilidad y los Eslavos que ella se complace en considerar como bárbaros e incultos.

Ella querrá entonces arrepentirse del crimen de haber hecho de la mutilación de la Francia una condición de paz y seguridad para su porvenir y de haber impedido por esta violenta política de anexión la armonía de dos grandes pueblos.

Los Franceses de Alsacia y los Eslavos de la Polonia recuperarán un día su raza y su nacionalidad: la violencia no ha creado nunca nada de durable. La historia no registra un solo desmentido a esta ley. »

Como el Padre Didon piensa toda la Francia. No hay una sola nota que discrepe, una sola afirmación que desentone.

A la cautividad hay que ponerle fin y se sangrará hasta el agotamiento si tanta sangre hace falta para llegar a Metz y para enarbolar la bandera tricolor en Strasbourg.

V

Alemania a la vanguardia de la civilización. — La creación bismarckiana. — El lenguaje del militarismo desentona en la mentalidad latina. — Ranke y el estado prusiano. — El Padre Didon y el Pangermanismo. — Cómo, según él, se forma el patriotismo en Alemania. — Una anécdota. — La obra pangermanista según el abate Wetterlé. — La doctrina militar de von Bernardhi. — Cuando Alemania terminará su obra imperial. — Geógrafos alemanes según Henri Albert. — El monopolio de las razas y el monopolio de los mares. — Las naciones se imitan unas a otras. — Los estadistas franceses frente al enemigo. — La opinión de Paul Appel, de Bergson, de Clemenceau. — Las guerras de conquista ya tienen su sudario en la historia. — Según Maurice Barrès, la guerra no es para Francia guerra de gloria, sino de salud pública. — El pangermanisno provocó la revancha. — La sociedad moderna no admite los imperialismos ni los superhombres. — La fraternidad debe ser el rasgo de todos. — La ciencia puede brillar, pero no ofender.

Se sabe por todo el mundo que el pensamiento dominante de la política alemana —

es hacer del imperio no sólo una potencia continental sino una potencia mundial. Es decir que Alemania no sólo debe destacarse como nación poderosa en Europa, sino que entre las que en el momento actual de la civilización moderna marchan a la vanguardia, ella — por títulos que no son desconocidos a los ojos de nadie — debe también asentar su plaza.

Es necesario crear — dice Wilhem Otawld, profesor de Leipzig — una Europa organizada en un solo cuerpo. Para este fin se impone un órgano central que sea como el cerebro de Europa. ÉSTE NO PUEDE SER OTRO QUE ALEMANIA PORQUE SOLAMENTE ELLA POSEE EL SECRETO DE LA CULTURA ORGANIZADA.

La fusión de todos sus elementos étnicos y tradicionales no ha tenido por punto de mira otro propósito.

El brazo guerrero de Prusia y el pensamiento filosófico de la Alemania del Sud —

se han hermanado bajo la rúbrica de intereses recíprocos; y aun cuando esa fusión de conveniencias — de factores sociales — no ha llegado a su máximum, lo acumulado en el lapso de cuarenta años fué suficiente para hacer del pangermanismo un enemigo temible.

« La creación bismackiana del Imperio, ha dicho uno de sus más grandes políticos, ha sido sobremanera magistral porque ella ha creado un edificio sólido, sin destruir la originalidad y la independencia de diferentes estados, y porque — conservando el principio monárquico en el nuevo Imperio — ella ha hecho de la Prusia el estado director, no sólo de nombre, sino también en la realidad. » Y el mismo: « El Imperio alemán situado en el centro de Europa, insuficientemente protegido por la naturaleza en sus vastas fronteras debe ser y debe permanecer un estado militar.

Por otro lado — los fuertes estados mili-

tares — como lo demuestra la historia — siempre han tenido necesidad de una dirección monárquica.

La vida intelectual de Alemania ha encontrado un protector en el estado prusiano, pues él proporciona al pueblo alemán la unidad política y una potencia igual a la que han tenido los grandes imperios del mundo. »

Este lenguaje — como se vé — desentona un tanto en la filosofía política de la mentalidad latina. ¿Para qué, se preguntan los estadistas de la Europa que baña con sus aguas el Mediterráneo — la vida intelectual de Alemania necesita de ese protector que es el estado prusiano ? Si Alemania no aspira más que a una influencia moral en los pueblos que viven más alla de sus fronteras —¿no resulta un contrasentido darle a sus filósofos y a sus pensadores el apoyo de las bayonetas ? Si su pensamiento es democrático — si su alma es

democrática ¿para qué ese militarismo — antitesis al pensamiento libre, al ambiente libre — en que vive y respira la ciencia ?

Trás de ese sofisma, ¿no se oculta un pensamiento ulterior — velado como se velan los grandes propósitos, las empresas que enunciadas de un momento a otro pueden cambiar la faz de la tierra ?

En el fondo de esa literatura política ¿no estará en germen y como dormitando la ambición de una hegemonía continental, hegemonía realizable sólo a base de anexiones, de conquistas, so pretexto de que esas conquistas y esas anexiones lo impone y lo reclama la etnografía, la lingüistica — la tradición y la historia del antiguo imperio germánico? Si la duda pudiera quedar pendiente como un interrogante de nuestros labios, oigamos lo que dice Ranke. « El estado prusiano ha venido a ser para Alemania lo que Roma ha sido

para el mundo antiguo. Así como ella impregnó de su genio al genio guerrero, Prusia debe impregnar del suyo a toda el alma alemana.» Es decir — podemos agregar nosotros : el pensamiento debe saturarse de fuerza — la idea de pólvora — la libertad ceñirse de músculos.

El pangermanismo alemán es, por consiguiente, un resultado lógico al programa que se ha impuesto como un deber la filosofía imperial. « Nunca he podido descubrir en alemán alguno — aún en aquellos que por su edad están abiertos a las ideas caballerescas, dice el P. Didon, nada que esté más allá del horizonte de la patria alemana.

Este fin encierra a la Germania toda entera. El interés es su ley soberana. Sus grandes hombres de Estado no son más que de un genio utilitario. Su política egoísta, más ávida de provecho que de gloria, no ha

despertado en el país que ciega y pasivamente acepta los oráculos, la nueva reprobación.

«Mientras que Alemania se engrandezca bajo el impulso de tal espíritu, la Europa entera tendrá que estar en pie de guerra. Se hablará de paz; pero sus arsenales estarán en actividad y las naciones, libradas a la ley del más fuerte, se ocuparán en amenazarse y en tenerse en jaque.

«La Prusia, cuna de Alemania armada, preponderante en Europa; es el militarismo universal, el reinad del miedo, de la fuerza y del interés.»

Y en otras líneas: la unidad de la patria alemana no es más que relativa. El *Pangermanismo* no se contenta con el imperio de la Alemania del Norte; él quiere todos los Germanos sin excepción.

¿Quién no vé al Austria invenciblemente empujada al Mediodía, rechazada al Este

hacia los Balkanes y por decir en una palabra tomada en presa por Alemania? ¿ Quién no vé a la Rusia obligada a recoger todos los Eslavos de Europa y condenada a un conflicto inevitable con la política alemana, el día en que los Turcos sean arrojados de Europa y pasen el Bósforo? El templo de Iano no está en víspera de cerrarse en el mundo moderno; la era de los grandes combates parece abrirse más amenazante que nunca. ¡Yo deseo que en este choque de grandes espadas mi país no haya perdido el vigor de su brazo, ni la santa pasión de la justicia! »

Según el mismo escritor, que por las líneas precedentes se revela con un cerebro de iluminado — en Alemania el patriotismo se hace en la escuela como en el cuartel. Desde la infancia el concepto patriótico se imprime a fuego en el cerebro del niño; y esta educación es tan radical que como un ejemplo de

lo que importa y vale la pedagogía patriótica cuenta la siguiente anécdota :

« Una mujer inteligente con la cual yo conversaba en Gottingen, de lo injusto que era la anexión de la Alsacía y de la Lorena me miró con aire de sorpresa y al querer explicarle las razones de mi patriotismo ofendido, aparentó no entender absolutamente nada de mi conciencia de hombre justo. Desde nuestra infancia — me dijo — hemos estado acostumbrados no a esta idea de la anexión, sino a la vuelta de Alsacia a la madre patria. Los Alsacianos son *alemanes*. Sin duda ella habría cantado la canción patriótica.

« La patrie s'étend non seulement jusqu'au Rhin
Où fleurit la vigne
Mais aussi loin que la langue allemande résonne,
Et qu'elle chante, sous le ciel, ses hymnes à Dieu. »

Es con la ayuda de esta acción insensible

sobre el corazón, sobre la memoria y sobre los primeros sueños de la infancia como el espíritu nacional se hace.

He aquí porqué — vencedores en Sedan — no se durmieron sobre los laureles después del setenta y principiaron a hechar los fundamentos, no de la política continental que fué el programa de Bismarck — sino de una política mundial que — combatida por los que creían que Alemania había completado su obra creando el Imperio — la defendieron calurosamente los que se titularon imitadores — pero no continuadores — de la obra del canciller.

Desde entonces las fábricas, los astilleros, y los arsenales alemanes trabajaron con una intensidad de fuerza no superada por nadie. El imperio necesitaba de vías oceánicas para su comercio, y las vías oceánicas se abrieron a sus barcos mercantes. No bastaba para su

defensa un ejército; se imponía la creación de una escuadra, y la escuadra surgió formidable con bocas de fuego suficientes para imponer respeto a sus más poderosos rivales.

¿Qué playas no se abrieron a su industria — qué centros científicos o intelectuales a sus elementos universitarios? La cultura alemana no era para nadie un misterio; pero lo era para muchos que tras de ese armazón inmenso se agitaba convulsivo — inquietante, — un anhelo.

¿Cuál era él? Poner a Alemania al frente del mundo, darle a ella sola la dirección del mundo civilizado.

« Los pangermanistas, dice el abate Wetterlé, han creado por todas partes donde existen colonias alemanas, asociaciones de sport, de música, de diversión que deben mantener el amor de la madre patria.

« En otras partes han ido más lejos — y

en países donde la legislación se lo permite, han fundado escuelas alemanas hospitales alemanes, diarios alemanes y teatros alemanes. Es así como en los Estados Unidos los trece millones de emigrantes alemanes que allí están establecidos, forman un verdadero estado dentro del estado.

« Es así como en el Brasil los alemanes son los maestros absolutos de dos grandes provincias. (3)

« Das Echo, revista hebdomadaria y el *Deutschtum im Ausland* sirven de vínculo a estas poderosas organizaciones, cuyo fin es de servir de vehículo al germanismo que espera el momento de establecer definitivamente la dominación alemana sobre los países demasiadamente hospitalarios.

« Estas costumbres tienen una ventaja incontestable; coordinan los esfuerzos de la nación toda entera y los dirigen hacia un solo

fin : la hegemonía alemana sobre el mundo entero.

« Sobre ellas se apoya la teoría de la raza predestinada, *del pueblo de Señores*, que los pangermanistas hacen penetrar lentamente en el espíritu de las masas y que al presente se encuentra allí solídamente anclada. Psicológicamente, el fenómeno se explica con facilidad.

« Al Alemán — aún al más mediocre — se le persuade que él pertenece a un pueblo escogido y que él podrá desquitarse sobre las razas inferiores de las humillaciones a que está condenado a sufrir en su propio país. Él se siente superior a millones de seres degenerados, que no tienen como él, el honor de ser ciudadanos de la gran nación.

« Le inspiran un desprecio soberano por el extranjero ; y esto le basta para consolarse de

no desempeñar otro rol mejor en la gran Alemania.

« Y naturalmente, este siervo, este esclavo se embriagará con los llamados a la conquista — gracias a los cuales espera a llegar a ser un *Señor* en las regiones nuevamente incorporadas al imperio. En efecto, el día en que la *más grande Alemania* extienda sus fronteras hasta el Atlántico y hasta el Bósforo, él será grande. El *civis romanus sum* que él pronunciará con orgullo le dará el derecho de destruir las razas inferiores desde su aplastadora superioridad. »

El general Bernhardi — en su libro *Alemania y la próxima guerra*, afirma resueltamente que el deber de Alemania es el de alcanzar la supremacia abriéndose paso a sangre y fuego y sin preocuparse de los derechos e intereses de los demás pueblos. Al elemento pacifista de Alemania lo clasifica de ponzo-

ñoso y proclama la doctrina de que los deberes peculiares del pueblo alemán sólo pueden cumplirse por medio de la guerra.

El pueblo alemán — agrega — debe persuadirse de que el sostenimiento de la paz no es ni puede ser jamás el objetivo de su política.

De acuerdo con estas teorías se sostiene por los pangermanistas que Alemania no habrá terminado su empresa imperial hasta que la Polonia entera por un lado, la Holanda — la Bélgica — Suiza y Austria, entren bajo el dominio de su cetro y de su corona. Constituída así Alemania sería el árbitro del Continente y todo el esfuerzo político del pensamiento moderno en pro de las naciones, vendría a resolverse en el más enorme fracaso.

Del Báltico al Adriático y del Vistula hasta Dunkerque y Calais — no habría más que un solo pensamiento, un solo dominador.

« Geógrafos como Daniel-Hummel, Langhans — escribe Henri Albet — en el Mercure de France — sostienen que Flandes — la Champagne — la Lorena — el Francocondado — y la Borgoña son países alemanes — actualmente bajo la dominación extrangera. A los argumentos históricos y etnográficos, en que estos sabios apoyan su tesis, Kurd von Stranz agrega argumentos lingüisticos.

« Lo que a sus ojos demuestra el origen germánico de las poblaciones francesas, cercanas de Alemania, desde Dunkerque hasta Lyon, es que en todas las localidades de esas regiones hay nombres alemanes.

« Pero como en Flandes, en Alsacia y en Lorena, ciertos lugares son conocidos a la vez bajo una denominación francesa o bajo una forma germánica; él opina que ello se debe a que en los últimos tiempos ha pasado por ahí una civilización romana artificial. »

Y después de poner en evidencia varios nombres, agrega : « Esta enumeración representa una grave acusación a la conciencia popular alemana que tolera estos despojos nacionales. »

Y en su mismo libro : *Respuesta al grito de revancha francesa*, dice : « No basta haber vencido a la Francia ; es necesario tomarle todos los territorios que antes han estado bajo el vasallage del Imperio germánico.

« Si las poblaciones que habitan esas provincias no tienen — hacia el nuevo imperio — el sentimiento que debieran poseer — es porque están degeneradas — afrancesadas. De ahí que, según el mismo escritor, « la cuestión alemana no ha encontrado todavía su solución. »

El comentarista francés cita estos pasajes tomados de la edición de 1903, corregida y aumentada por el mismo autor.

Menos mal si esta transformación política continental trajera aparejado algún beneficio para la civilización, Menos mal si ese monopolio de la tierra y de las razas concluyera con el monopolio de los mares, y el concepto jurídico y gravoso para la humanidad de *mare clausum*, se viera reemplazado por el que todos ambicionan y que es el justo, de *mare liberum*. Pero desgraciadamente las naciones, en sus triunfos como en sus conquistas, se imitan unas a otras. Un despotismo sucede fácilmente a otro despotismo, un orgullo a otro orgullo, un cetro de mando a otro cetro de tiranía.

He ahí porqué los estadistas y los pensadores franceses se han confabulado para dar la voz de alerta y desde el principio de las hostilidades — en la prensa — en la cátedra, como en todos los otros medios que tienen como vehículo el sentimiento y la idea

— han atacado de frente al invasor poniendo en evidencia sus planes.

« La Francia ha proclamado en 1789 los derechos del hombre, escribe Paul Appell; ella proclama en este momento los derechos de la humanidad. Después de haber vencido a Alemania en el campo de batalla, la vencerá en el terreno moral, aniquilando su organización de violencia y aumentando las garantías esenciales del derecho y de la civilización. » Y Henry Bergson: « ¿ Donde está el ideal de la Alemania contemporánea? Ha pasado el tiempo en que sus filósofos proclamaban la inviolabilidad del derecho, la eminente dignidad de la persona, la obligación de los pueblos de respetarse unos a otros.

La Alemania militarizada por la Prusia ha arrojado fuera de sí estos nobles ideales que en gran parte le vinieron de la Francia del siglo diez y ocho — del siglo de la Revolu-

ción. Ella se ha creado un alma nueva, más bien dicho, ha aceptado dócilmente la que Bismarck le ha dado. Ella tiene el culto de la fuerza brutal; y como ella se cree la más fuerte, se absorbe toda entera en la adoración de sí misma. Su energía le viene de su orgullo. Su fuerza moral no es otra que la confianza que su fuerza material le inspira. » La pluma de Clemenceau se expresa así : « La revolución se propuso conquistar el mundo por el triunfo de las ideas y los éxitos efímeros de Napoleón sirvieron en alguna parte a los medios de emancipación de que él se dijo portador. Hoy día ¿ qué es lo que nos trae Alemania cuando ella reivindica por medio de un masacre — científicamente combinado — una plaza *arriba de todo : Deutschland über Alles?* En modo alguno la dominación pasajera de un conquistador genial. Nosotros no vemos más que devastación y ruinas porque

Alemania tiene necesidad de remover la tierra para colocarse arriba de todos. »

La guerra, pues, no está tanto en los hechos como en las ideas. Del otro lado del Rin se la proclama necesaria para expandir la nacionalidad de un imperio. Junto al Sena se dice que las conquistas ya tienen su sudario en la historia y que cada estado debe respetar su órbita so pena de producir un desequilibrio que pone en peligro la Europa.

La Francia no intenta ir más allá del Rin. Si pelea es para rehacer la patria mutilada en anteriores desastres y para que en el mundo latino no encuentren asidero las doctrinas absolutistas y absorbentes del militarismo germánico.

« Para ninguno de nosotros — escribe Maurice Barrés — la guerra es guerra de gloria, sino de salud pública. Nada de brillante en las trincheras. Nuestros soldados sufren por

la Francia y están allí como una gran orden religiosa, aceptando el sacrificio, tomando su plaza en un misterio cuyo secreto ellos mismos no pueden concebir. No los acercamos jamás a los soldados de la epopeya africana ni a los de la Gran Armada. Es esto otra cosa. Ellos son las víctimas que sufren por nosotros. Nosotros los amamos y los respetamos como a nuestros superiores, como a nuestros salvadores de hoy y de mañana. »

El pangermanismo, pues, es el que ha obligado a Francia ir a la guerra.

Su ley de revancha era una ley — pero no una ley tiránica, ni imperativa. Estaba ahí, en el fondo del alma francesa, pero como están los ideales, como están las esperanzas.

Para la democracia francesa — provocar una guerra tan sólo por la recuperación de

dos provincias era un delito público que nada lo justificaba.

Era necesario armarse para la defensa, pero no para la conquista. Era de salud política llevar el pensamiento patriótico más allá de los Vosgos; pero hubiera sido tildado de crimen verter despóticamente la sangre y embarcar a la Francia en empesas guerreras por un capricho, por un descabellado sueño político.

Esta es la verdad de las cosas; y apoyada en ella la Francia espera tranquila el fallo que sobre esta enorme guerra discernirá — en tiempos no lejanos — la historia.

Ni allí ni en ninguna parte se aceptan los imperialismos de estados ni la doctrina de superhombres.

La pudo tener la antigüedad y hasta los pueblos obscurecidos mentalmente por algún dogma religioso; pero abierta la discusión

al libre examen y a la inteligencia de todos — la sociedad moderna se hizo de nuevas doctrinas, antítesis de las que predominaron en los tiempos bárbaros.

Admitido que la cultura alemana fuera la mejor de la tierra — ¿podría asistirle el derecho de fuerza, el derecho de dominación?

¿No se incurriría así en lo que se les reprocha a las religiones absolutistas, a aquellas que han predicado, para imperar — la guerra santa o la inquisición?

¿No es mejor seguir los consejos del Maestro de colocar la luz sobre el candelero — que imitar a Mahoma y dar golpes de cimitarra?

¿No es mejor para la verdad la conducta señalada en el primer caso — que imitar en el segundo al profeta en su ruta sangrienta — en su camino de devastación?

Si sobre los pueblos gravita una misma paternidad espiritual, la fraternidad debe ser el rasgo de todos.

Los pangermanistas resaltan como violadores de esta ley y se olvidan que las naciones que, como la Grecia en la antigüedad — representaron la mejor cultura — nunca se hicieron opresoras y jamás atentaron contra el derecho de nadie.

Brille en la plenitud de su órbita con toda la potencia de la verdad — no deje la sabiduría de lado y siga penetrando en el arcano de sus ricos tesoros. No se preocupe por llevar fuera su luz — por atraer con violencia al mundo a su reverberación. En calma — sin congojas y sin agitaciones — éste sabrá formarle cortejo a sus verdades, seguir de cerca y aceptar la ruta — si es que la señalan luminosa — sus pensadores, y en reconocer en Alemania no una dominadora de la

fuerza, sino una dispensadora del pensamiento.

La ciencia no ofende a nadie y mucho menos si, al difundirla, se hace con tolerancia y con el respeto hacia todos.

VI

El espíritu francés bajo una inspiración común. — El partido socialista y la patria. — El elemento católico. — La historia de los Francos es en parte la historia de la iglesia. — El clero francés. — Las cabezas tonsuradas y el tributo de sangre. — Una clave a descifrar. — El cristianismo y la doctrina del Maestro. — Autoridad que sintetiza los intereses del hombre. — Los siglos medios no le asignaron al patriotismo el rol que le correspondía. — La patria — según la moderna civilización — debe ser defendida por todos. — Abolición de los fueros. — Proselitismo que arrastra el clero que se bate. — Horizonte que es propio del clero. — Las iglesias de Francia. — Augusto Melot diputado por Namur. — El avance del ejército de von Kluck y los fieles de una iglesia de Neuilly. — Troso oratorio del Padre Ruhn. — El esfuerzo oratorio. — La patria utiliza todos los recursos. — Los alemanes no dicen que emprenden una guerra de religión. — Católicos y protestantes — dice Gorres —

hemos pecado en nuestros padres. — El Barón de Soe y el excanciller Bülow. — Según él, no hay una Alemania católica, ni otra protestante; no hay más que una nación indivisible. — El comportamiento de sus soldados en Bélgica lo confirma. — El patriotismo en su unidad es más fuerte que la religión. — El Vaticano no puede en este momento estrechar voluntades. — Roma no protestó — dice el Profesor Loisy-cóntra los atentados alemanes en Bélgica por el temor a un cisma. — Respuesta de Gregorio XVI a Lamennais. — Los católicos del Entente se esfuerzan por desenmascarar al catolicismo alemán. — Una página de René Bazin. — La intriga palaciega en el Vaticano. — Resortes tocados por la diplomacia de Austria, de Prusia y de Baviera para conquistar purpurados. — Un dilema. — Cómo Bazin dá a conocer su entrevista con el Papa. — Lo que desearía saber la opinión francesa. — La confesión católica y la corriente liberal. — El acercamiento político entre el Vaticano y la Francia oficial se palpita. — Problemas religiosos que tendrá que resolver la República. — La Santa Sede y la neutralidad.

Con las primeras clarinadas de la guerra el espíritu francés — viendo la patria en peligro — hizo de lado todos sus cismas doctri-

nales, todas sus disenciones políticas —todos sus enconos de partidos y bajo la égida de una inspiración común agrupó sus fuerzas y trató de salvar con ellas el prestigio y la gloria de la nación.

Semejante fraternidad fué su suerte y preparó los caminos para la victoria futura.

El partido socialista que en más de una vez había sido tildado de antipatriótico, sobre las cenizas de su caudillo asesinado por el plomo homicida — se alzó potente, y en los prolegómenos de la guerra — con sus tribunos — dijo que él quería morir para salvar a la patria.

La tribuna que se alzó sobre la tumba de Jaurés — no lo olvidaré jamás — fué un timbre de gloria para la democracia francesa.

El partido había luchado por la paz — por la concordia de los dos pueblos — pero roto el equilibrio por el desafío del Kaiser la mi-

sión pacífica estaba cumplida y el deber de todos era ir y morir en la guerra.

Pero si el socialismo se reveló patriota — y hasta patriota heroico, cuando todos sus ensayos de paz habían fracasado — con no menos elocuencia y con igual empuje se puso a defender la causa de la Patria invadida el elemento católico.

El libre pensamiento y las luchas de religión que han agitado siempre el alma francesa no han podido extinguir en ella la fé.

Francia es católica por tradición; y la historia de los francos es en parte la historia de la iglesia. Aun cuando ésta, como institución, tenga en la actualidad una vida independiente del estado — vive en el pueblo, y más que en el pueblo, en sus castas pudientes — en sus familias de abolengo.

El clero francés — por otra parte — es el clero más inteligente y más estudioso de

Europa. — En él tiene la iglesia sus mejores apologistas como sus más implacables censores; y si se quiere saber hasta donde llega la elocuencia sagrada con su influencia, es necesario venir a Notre-Dame y estar de pie delante de esa Cátedra por donde desfiló un Didon — un Padre Félix — un Padre Jacinto — un Lacordaire.

Desde el Cardenal Amette hasta el más obscuro párroco de campaña la iglesia se ha organizado para cooperar — con su liturgia y con sus plegarias — al triunfo de Francia.

Nada digamos de la parte militar que a muchos de sus sacerdotes le ha tocado en suerte.

Para ninguno de nosotros — me decía un sacerdote — hay excepciones. Salvo los que por su edad están fuera de la ley — el servicio militar nos llama a todos y todos vamos a cambiar la sotana por el uniforme

porque así lo manda, así lo exige la patria.

A la hora actual millares de cabezas tonsuradas han honrado a la Francia con su tributo de sangre. Ellas han peleado en Charleroi como en el Marne — ellas defienden una trinchera como llevan un asalto a la bayoneta. (4).

¿ De dónde tánto valor — tánto empuje en ellos que no parecieran ser los veteranos de la fuerza sino los apóstoles de una misión pacífica?

Detengámonos un poco sobre este punto y descifraremos la clave.

Que el patriotismo es un sentimiento y una necesidad lo prueba la vida de la civilización.

Las razas humanas podrán estar en un perpetuo desacuerdo sobre temas de religión, de estética, de filosofía.

En lo que no discrepan — en lo que todas

se asemejan porque pareciera que a todas las mueve y las rigiera el mismo resorte, es en la defensa del suelo, la manifestación más elocuente del patriotismo.

Es éste un ideal tan antiguo como el hombre. En Roma como en Cartago — en Grecia como en Babilonia — los hombres se agrupan bajo su calor — los pueblos lo señalan como el más alto ideal.

Si en el terreno patriótico el Cristianismo nada sancionó de concreto, la doctrina del Maestro : *Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*, bastó como brújula orientadora a los primeros cristianos.

Si había un poder divino ante el cual el hombre debía de deponer su corazón — la frase de Jesús nos señalaba otra autoridad que en la tierra sintetizaba los intereses del hombre.

Es así como los intereses espirituales de la iglesia se fueron vinculando a los de los

lugares donde se asentaban sus feligresías; y de este modo surgieron las iglesias de Roma — de Antioquía — de Jerusalem — y siglos más tarde, la iglesia de Francia, de España, de Germania.

Los siglos medios, y aún los que sigueron a éstos después del Renacimiento, a falta de una noción jurídica de nacionalidad tan clara y tan precisa como ahora la comprendemos — al deber patriótico no le asignaron el rol que le correspondía.

La intromisión del feudalismo y la aplicación de ciertos textos evangélicos mal entendidos, dieron a los reyes y a los soberanos un poder indiscrecional — crearon castas de poderosos y de vasallos, y con éstas la del guerrero, en lugar de imponer la milicia como un deber ciudadano.

Si todos somos iguales ante Dios — se ha dicho la moderna civilización — todos somos

iguales ante la ley. Si la patria es de interés común, su defensa debe ser carga de todos. Nada de fueros — nada de excepciones — en el cumplimiento de una virtud — que en algún caso dado — puede llegar a ser un gran sacrificio.

La iglesia que en esto ha podído ver lesionado sus cánones y su disciplina — ha guardado un discreto silencio y permitido que sus sacerdotes dejen el altar por el campamento — el púlpito por la penosa tienda de campaña.

¿ Podemos calcular todo el prestigio que se desprende de ahí, el proselitismo de opinión que lleva consigo el clero que se bate — el clero que ocupa sus plazas en las trincheras como corre al asalto y muere empuñando en sus manos una bayoneta ?

En la hora actual no hay un solo ciudadano francés que tenga derecho para agraviar en lo más mínimo a un sacerdote.

Los privilegios han dejado de ser para él un refugio ; y con la mochila al hombro ha marchado — bravo y tranquilo — a tomar su puesto — a entrar en combate.

¿No es éste un rasgo, no es éste un timbre que hace honor a la democracia francesa?

A pesar de ser tan brillante — la acción eficiente del clero no para ahí.

Él tiene por ministerio un ambiente, un horizonte que es suyo. Él tiene la iglesia — el templo — desde donde puede batallar con la palabra — que es elocuencia — y con el pensamiento que puede ser acción.

Hoy no hay un solo púlpito de las iglesias de Francia donde no se ataque al invasor con calor tribunicio.

La fuerza — el soldado — el deber de la defensa — le plegaria patriótica — la mujer y la guerra, todos son temas que los oradores tratan de exponer — de desarrollar — para en-

tonar — para mantener encendido en el público, el verbo patriótico. (5)

Después de los asesinatos de sacerdotes cometidos por los Alemanes en Bélgica nada tiene de extraño — aunque parezca una paradoja — que se diga que es esta una guerra de religión.

Augusto Melot diputado por Namur, nos dice: «Para los católicos la regla moral de las acciones es la ley de un Dios que quiere el orden general del Universo por la justicia y por el amor.

« Para los Alemanes, la regla moral, más parece ser la ley del Emperador que quiere la dominación de Alemania por la fuerza y por la conquista. Todo lo que ordena el Emperador para el éxito de sus armas : violación de convenciones internacionales, asesinatos, pillages, incendios, sacrilegios, está bien. Sólo es malo lo que se opone a las

voluntades del Maestro y sirve de obstáculo a la victoria alemana. Esta es la doctrina pagana de la subordinación de los individuos a una colectividad predestinada, estando esta colectividad personificada en un hombre que lo deifica al erigir su voluntad en ley absoluta. »

Mientras la armada de von Kluck — avanzaba sobre la capital — en una iglesia de Neuilly — San-Juan-Bautista — los fieles que no huían al paso del invasor se congregaban al pie de una cátedra y de los labios de un sacerdote domínico, el Padre Bernardo Ruhn, oían expresiones como éstas :

« La Francia es la hija primogénita de la iglesia. Ella surgió del bautisterio de Reims con Clodoveo su primer rey después de una victoria sobre los Alemanes. Ella ha sido el lugarteniente de Dios en el mundo y permanece aún el pueblo apóstol. ¿ Os hará falta

recordaros el origen y el desarrollo de la Prusia? Árida comarca del Norte, designada por la iglesia y por el Santo Imperio a los caballeros de la Orden Teutónica, ellos detienen en esa frontera a los bárbaros en el momento que éstos amenazan a la Cristiandad. Estos caballeros, monjes y guerreros a la vez, emiten los tres votos de pobreza, de castidad y de obediencia.

« Su último Gran Maestro Alberto de Brandebourg, en el siglo XVI, cuelga los hábitos, funda un hogar, se hace luterano, se posesiona de las tierras confiadas a su custodia y las erige en dominio hereditario. De esas apostasías ha nacido la Prusia. Ella se ha agrandado con matanza — malos negocios, traiciones, entre las cuales el reparto de la Polonia, el Affaire de Ducados, el falso telegrama de Ems son entre nosotros los más conocidos. De ahí su gran principio de acción : la fuerza

prima sobre el derecho. En tres siglos de historia, no la veréis una sola vez sostener la causa de los débiles, emprender una cruzada — acordar a lo menos las libertades esenciales a las naciones oprimidas.

« ¿ Quién se atreverá a decir que éstas son las costumbres de un pueblo elegido de Dios ? Luis Veuillot llamó a la Prusia « el pecado de Europa » culpable ésta de haberla dejado constituirse por medios tan viles, y Donoso Cortes la declaró consagrada al demonio desde su origen ».

El esfuerzo oratorio tiende, como es palpable, a prevenir el espíritu público contra el carácter luterano del invasor.

Si la Francia es atacada — quiere decir el orador — es porque es católica. Alemania en su mayoría étnica es disidente y para los pueblos que giran dócilmente en torno de la Sede Romana — es un peligro la absorción política

que pretenden hacer de la Francia los que empujados por Prusia remueven en Europa luchas pasadas. Calcule el lector todo el efecto moral que esta predica puede ocasionar en la masa creyente. Sensible como nadie — la multitud francesa tiene que ponerse de pie a tal clarinada.

La patria tiene que utilizar todos los recursos; y para defenderse de un contagio posible no deja de ser argumento el arma — que a modo de elocuencia — se afila en un credo.

Por su parte — los Alemanes, si así lo piensan — se guardan muy bien de declarar que ellos emprenden una guerra de religion. Siendo una gran parte del imperio de confesión católica, no sería político — pecaría de suicidio patriótico — hacer de la Reforma un lábaro para ir a combatir a la Francia. (6)

« Todos nosotros — dice Gôrres — católicos y protestantes — hemos pecado en nues-

tros padres y contribuímos a tejer la túnica del humano error de una manera o de otra. Ninguno tiene derecho de colocarse orgullosamente sobre el otro y Dios no se lo permite a nadie y mucho menos a aquellos que se dicen sus amigos. »

« Mi viejo coronel — más tarde mariscal — barón de Soe, continua Bülow, buen prusiano y buen católico — me dijo un día que sobre este punto — se refería a la lucha de católicos y protestantes en el terreno político — que las cosas no se arreglarían mientras que el principio bien conocido del derecho francés : *la recherche de la paternité est interdite* — no se hiciera nuestra con esta variante : *la recherche de la confession est interdite*. Ha sido bajo este punto de vista que él respondió a la pregunta de un príncipe extrangero que le interogaba sobre cual era el porcentaje de oficiales protestantes y católicos en su ar-

mada : « Yo sé cuantos batallones, escuadrones y baterías tengo que comandar, pero no me inquieta saber a cual iglesia pertenecen mis oficiales. »

He ahí — agrega el estadista alemán que acabo de citar — cómo se piensa en el ejército y en la diplomacia.

No hay por lo tanto ni una Alemania católica, ni una Alemania protestante; no hay más que la nación una e indivisible; indivisible bajo el punto de vista material — indivisible bajo el punto de vista ideal.

El comportamiento del ejército alemán en Francia y Bélgica — no permite poner en duda este dogma político.

Con el mismo empeño con que han bombardeado un *Hôtel-de-Ville* — han bombardeado una catedral, con el mismo coraje con que han ultimado a un civil rebelde han asesinado a sacerdotes sexagenarios.

¿No prueba esto que — malgrado las confesiones diversas — el ejército no tiene más que un solo pensamiento — nada más que una sola idea, la patria?

Si en las iglesias de Francia se ora ¿no se ora también en las católicas como en las protestantes de Alemania?

He ahí cómo el patriotismo necesaria y fatalmente — en su unidad — es más fuerte que la religión. En el terreno dogmático el católico francés profesará teóricamente el mismo credo que el católico alemán; pero en la vida — en la vida de la nación — en sus ideales de ciudadano, ¡ qué lejos se podrá encontrar muchas veces uno del otro, aquél que invoca a Dios como a su padre de éste que lo señala como su protector — del primero que ostenta el casco republicano — del segundo que acepta la dominación imperial!

No es el Vaticano — como se vé — quien en este momento puede unificar — estrechar las voluntades.

Si todos los sacrilegios de Bélgica son ciertos — le preguntaba yo hace pocos días a un sabio profesor del Colegio de Francia — Alfredo Loisy — ¿porqué Roma se ha silenciado — porqué no se puso en pie y lanzó su protesta?

Y el sabio me contestó: *Porque el cisma fué la amenaza alemana.* El fantasma de la separación acobardó al Papado; y a un cisma que desgarraría su túnica espiritual, prefirió el silencio, la acción pasiva sobre tan enorme atentado. Por otra parte, la misión política de la Santa Sede *no es amar, sino gobernar.*

Esta fué la respuesta de Gregorio XVI a Lamennais cuando dijo que la política del Papado era superior a los intereses de la humanidad.

Para los católicos del Entente — no es ésta una conducta que merezca aplausos; y aún cuando — por razón de una disciplina bien explicable, no censuran abiertamente la actitud vaticana — la propaganda bibliográfica a que se han consagrado, mira indirectamente a este fin y a desenmascarar — según elloslo entienden — al catolicismo alemán. (7)

Es digna de ser citada esta página en la que René Bazin — con una sinceridad que se exhibe sola — relata las intrigas que están en juego para que la Santa Sede no retire su afecto a ciertas potencias beligerantes.

De su relato — la colina sagrada no se destaca pura, absolutamente incontaminada. La farsa palaciaga sube por sus gradas; y a fuerza de dijes decorativos se intenta comprar voluntades que sólo debieran estar alerta para honrar la justicia.

« Es sin duda cierto, escribe, que nosotros

tenemos en Roma algunos buenos franceses como ser el sabio Cardenal Billot — restaurador de la enseñanza Tomista, y jefes de órdenes como superiores de establecimientos franceses ; es cierto que tenemos algunos amigos influyentes entre los cardenales — como ser el benedictino inglés, representante de su orden y de su raza, erudito y modesto — antítesis de su contrario el alemán — leal y lleno de buen humor — en lo que es su antítesis también — el Cardenal Gasquet y muchos otros cardenales ya sean italianos o de otra nacionalidad cuyos nombres no es necesario citar, como del mismo modo de otras simpatías en la prelacía; pero el hombre encargado de vigilar — el hombre que tenga el derecho de ser escuchado, que pueda tramitar un negocio, pedir, volver a pedir — no lo tenemos. — ¡ Y esto hace once años !

El mal ya consumado, los peligros corridos

y evitados por milagro, aquellos del mañana son de tal manera evidentes que yo desearía que todos los diputados de Francia pudiesen hacer un viaje a Roma para ver que la cuestión es francesa en primer término y que la Francia, que tiene tantos enemigos, carece de un aviador en torno de la cúpula de San Pedro y de cuya ausencia el enemigo saca provecho.

Este enemigo está en acción y avanza en formación cerrada como sobre los campos de la Champagne y del Norte.

Embajada de Austria, legación de Prusia, legación de Baviera. Ellos están ahí yo no sé con cuantas Excelencias — sub-Excelencias, todos ellos entorchados, cubiertos de plumas y de oro, tiesos en sus cuellos almidonados. Un amigo que tuvo que esperar largo tiempo su audiencia, en la secretaría de estado un día en que la lista era copiosa, me dice que

vió pasar a cuatro de esos diplomáticos a horas diferentes y por los mismos salones. Ellos invitan a comer, ellos distribuyen condecoraciones ; ellos hacen promesas. Pocas son las personas que yo conozca que no tengan un *Osmanie* o una estrella de *Benin* en su escritorio. Es cierto que esas personas no las llevan; que las olvidan, que las tienen en nada ; pero un día en su vida han creído en el metal labrado y agradecido el favor. El invierno pasado — el de 1914 — el número de privilegios dispensados por Austria y Alemania — en el mundo romano — eclesiástico y laíco — fué numerosamente sensible. Allá estos procedimientos son lícitos y de cortesía. Pero el gran asunto, la gran habilidad, consiste en imponer « la cultura » a los espíritus bien dispuestos y que la Francia — lejana y negligente — no hace por desbaratar.

El Austria se presentará como el más cris-

tiano de los Estados, el más respetuoso de la Iglesia, el más sumiso a la Santa Sede. La Alemania, que bajo este punto de vista no se siente en igualdad de condiciones, hará valer que ella es el país del orden — y aún más — que en ella está el coloso. Ella hablará de sus costumbres para desacreditar las nuestras, de su amor a la paz y de nuestras turbulencias, de su poder formidable y de nuestras divisiones.

« Ella mostrará sus gruesos puños enguantados en hierro y según sus necesidades los hará sentir sobre las mesas de las antecámaras.

« Desde el principio de la guerra, no cesa de negar los crímenes que se le reprochan; ella confirma que las ruinas están en pie, que es clemente, que el cardenal Mercier ha dispuesto siempre de una libertad completa, que ella es el blanco de las calumnias de

todos y que hay sabios que la encuentran sin culpa. »

De lo expuesto en estas líneas se puede deducir un dilema. O Francia hace por acercarse diplomáticamente al Vaticano, o el Vaticano le niega sus simpatías y la corriente de su influencia la dirige a los imperios centrales.

El escritor francés no dice en su entrevista cuales son en definitiva las ideas del Papa. Deja traslucir que él las sabe, que han caído sobre su corazón como un consuelo y como una luz de verdad sobre su inteligencia; pero la audiencia — lo que en ella ha podido haber de trascendente — no lo dirá de ningún modo.

« Lo que puedo decir, agrega textualmente, es que en este conflicto que divide al mundo, lo encontré tan clarovidente como lo esperaba; y que no solamente reconocí el deseo de la

paz en esta alma soberana, sino aquello que la prepara y hace de ella el más perfecto de los bienes: el vivo sentimiento de la justicia, la piedad por el sufrimiento y la divinización de las causas. »

Pero en realidad de verdad la opinión francesa desearía saber algo más de concreto. ¿Podrá lograrlo desatendiendo la política, no poniendo en práctica los procedimientos usados por sus naciones rivales? Si este problema puede interesar vivamente a las personas que militan en la confesión católica, para los que no lo son o siguen una corriente liberal, la cuestión esta tiene poca importancia.

Se le respeta al Papa, se le considera al Papa; pero de sus simpatías o de sus antipatías, no se hace ni se puede hacer una filosofía para ver claro en la guerra.

Una cosa se palpita y es la siguiente : el

distanciamiento entre la Francia oficial y el Vaticano parece ser menos profundo ahora que antes de haberse declarado la guerra.

El problema religioso en Francia es complejo y la República, sin abdicar de sus principios liberales, acaso presciente la conveniencia de un acercamiento político con la Santa Sede.

Si los aliados salen victoriosos, no pocos problemas como los de creación o de sustitución de diócesis se le presentarán al gobierno francés. Son asuntos que no podrá resolver por sí sola la República y la intervención de Roma se impondrá por lógica de las cosas.

Siempre hay que partir de la base que la Santa Sede se mantenga estrictamente neutral y no rompa el equilibrio a que está obligada por su papel espiritual en el mundo.

VII

Choque de la guerra en el Plata. — La América del Sud y la Europa meridional. — Influencia de España y Francia. — La filosofía de la Independencia Argentina y la Tabla de los Derechos del Hombre. — La Argentina abierta a todas las influencias. — El puerto de Buenos Aires. — Los dones de la naturaleza y los dones del hombre. — La crisis del viejo continente y la economía americana. — Los bloqueos y los corsarios. — El grupo de naciones americanas que pueden influir y deliberar en el Congreso de las Naciones. — De qué se preocupan en la actualidad los estadistas sud-americanos. — La Europa madre de la civilización. — La solidaridad con Europa. — El sincronismo sentimental. — Una razón por la cual Europa debe poner fin a la guerra. — La Argentina repudió ser una nación guerrera. — Por qué ha preferido los pactos y los arbitrajes. — La obra que está en germen en el dogma de Mayo. — Una frase de Leopoldo Lugones. — Por qué se encuentra ella, popularmente, del lado del beligerante más desinteresado. — Opi-

nión de Clemenceau sobre los destinos de la América del Sud. — Las testas coronadas y la democracia. — Un dilema político. — América pide que las naciones se fundamenten en la justicia. — Su doctrina es la misma que el Padre Las Casas sostuvo contra el teologismo peninsular. — Su sol meridiano.

Decir que la guerra Europea ha tenido una repercusión mundial — es decir una cosa ya harto vulgar.

Sobre lo que yo intento puntualizar mi pluma en este instante, no es en lo referente al dolor moral que sembró por todas partes — sino sobra la cantidad de perjuicios materiales y económicos que el enorme choque produjo en el Plata.

El Continente americano en sus dos inmensas porciones geográficas es producto integral de la civilización europea. Desde el Misisipí al Plata — desde el Pacífico al Atlántico — parece que una sola alma animara a los pueblos.

La América del Sud — sobre todo — es la que por su política — por su etnografía y por su mentalidad más se asemeja a la Europa meridional.

Su propia clasificación de América Latina quiere evidenciar a las claras que a pesar de su independencia política — es ella una fuerza dependiente de otra fuerza — una entidad movida y agitada por otros factores de los cuales depende su existencia.

Después de España que es la primera en el orden de las influencias históricas — le corresponde a Francia la intervención decisiva de su disciplina mental.

Si la primera no pudo ser desalojada de la vida doméstica porque allí se impuso con el calor vivificante de sus tradiciones honestas, la segunda piloteó hábilmente a los estadistas de la nueva raza y el continente del Sud se hizo vasallo del filosofismoy del ingenio francés.

No me parece necesario señalar el punto culminante de esta decisiva influencia.

La independencia Argentina — malgrado su originalidad — los síntomas de su carácter propio, respira por muchos de sus poros ese ambiente francés, que en la Europa preparó la magna revolución.

Nos basta con hechar una mirada retrospectiva a los prolegómenos revolucionarios de América, nos basta con detenernos un poco ante el esfuerzo mental de los próceres argentinos — y en uno como en otro caso la fuerza jurídica y filosófica invocada por esos primeros estadistas para ser libres — será la misma que la escrita por Francia en la Tabla de los Derechos del Hombre.

España que lo sabía desde la primera hora, se esforzó tiránicamente en cerrar los caminos a esa influencia libertadora; pero hechos los hombres de las ideas que flotaban sobe-

ranas en el ambiente común, vencieron los obstáculos y no retardaron en poner en práctica, lo que ahora es el pensamiento civilizador de América. Las nuevas corrientes que vinieron después — de una como de otra parte del Viejo Mundo — casi no es preciso señalarlas porque están latentes.

Regida por una Constitución magnífica — la República Argentina se abrió a todas las razas, a todas influencias civilizadoras del mundo.

En pocas décadas pulularon los inmigrantes, los capitalistas europeos le ofrecieron el oro para sus operaciones bursátiles ; se elaboró el pan en Europa con la harina de sus trigales fecundos y hasta se exportaron sus carnes, sus lanas, las primeras para almacenarlas en ingentes frigoríficos, las segundas para entregarlas a la industria cosmopolita.

Su riqueza agrícola y ganadera — como se vé — la hizo la amiga de todos.

Pocos puertos del mundo han visto flamear más banderas que el puerto de Buenos Aires. No hay uno solo de los cinco continentes que forman el globo terrestre que no le haya enviado sus naves.

De sus playas salen y a sus playas arriban riquezas.

El músculo del trabajo se dilata bajo la tensión de sus fábricas y es hoy en día, por su emporio económico, uno de los más grandes mercados del mundo.

Sus tres millones de kilómetros cuadrados que en la actualidad alberguan tan sólo diez millones de habitantes nos están diciendo lo que llegará a ser aquel paraíso de riquezas geográficas — cuando a esos dones de la naturaleza se agreguen los infinitos y variados que pueden

aportarle el ingenio y el trabajo del hombre.

Pero por el momento muchas de sus energías están en reposo. — La crisis del viejo continente ha repercutido en sus plazas; y sin querelo — sin merecerlo acaso — el flagelo de la catástrofe ha lacerado su enorme mercado.

¿ No será ésta para ella una guerra providencial? ¿ No será éste un momento de su destino — para que se llame a un examen silencioso de su poder y piense que así como en un instante dado la filosofía de la Europa fué la brújula de su pensamiento — ahora que ésta se encuentra anarquizada por enconos rivales — sus ideas, sus máximas económicas, deben empujarla a la paz y al orden?

¿Por qué la América — se dice por ahí — debe soportar todas las consecuencias tan funestas que trae consigo esta conflagración?

¿ Por qué la Europa que estrechó vínculos — que demandó intereses ; que nos puso en fin — en condiciones de servirla, de ayudarla en sus penurias — nos abandona al lesionar nuestras economías en momentos en que las fuentes de la riqueza pública tienen una vida pletórica como nunca ?

No sólo decreta bloqueos que afectan al derecho mundial, sino, lo que es más grave, sus barcos corsarios cruzan nuestras rutas atlánticas — sepultan en sus aguas nuestras propias mercaderías y hasta, no bastándole su Mediterráneo — su Mar Negro — su Báltico y su Mar del Norte, sus escuadras se baten en Coronel — costa chilena — y en las Malvinas, jurisdicción argentina ? (8)

¿ Tiene derecho la Europa para proceder así ? ¿ El pensamiento americano no debe tener influencia para que, cuando se celebre el Congreso de las Naciones, reclame su parte,

delibere al lado de los estados que fueron beligerantes ?

El grupo de naciones que como el Brasil, la Argentina y Chile, imprimen un carácter de hegemonía al continente americano — en acción conjunta con los Estados Unidos de la América del Norte — ¿no podr án influir para que la discordia termine, para que los tratados se respeten, y para que las guerras se localicen en un espacio mínimun, partiendo de la base que el mundo no es de uno sino de todos, y que no se concibe el concepto de Nación si a ésta no le acompañan las leyes más absolutas de garantías ?

¿ No convendrá modificar la guerra, si de todas las ventajas — que a tan duro trabajo conquistó la civilización moderna — no se quiere hacer una ilusión o un mito ?

¿ Cómo implantar las absorciones en este siglo en que se quiere respirar libertades ?

He ahí por qué los estadistas sud-americanos han dejado de lado el fácil problema de las simpatías y se preocupan en la actualidad de hacer de aquel continente una fuerza económica que no tenga que sufrir las veleidades de nadie y que se haga respetar de la fuerza con la fuerza misma, si el derecho y la justicia no fueran suficientes para hacer cambiar de gesto a los fuertes.

La Europa no puede prescindir de esta doctrina si no quiere hacerse solidaria de los malos ejemplos.

Madre de la civilización — desentona penosamente verla engolfarse en estos mares de sangre.

No hay un solo rincón desde las Antillas al Plata, y podríamos decir desde Bering hasta Magallanes, que no siga con emoción, hasta con espanto, las alternativas de esta pelea tan bárbara.

Solidarizada con Europa en forma étnica, industrial, moral y científica, América tiene que sentir en sus carnes cada tajo que el filo de las bayonetas abre en sus filas guerreras.

La elegía de aquí es la elegía de allá; y la oración que se formula por la paz en Notre-Dame, se formula también con la misma unción de ensueño místico en la más humilde iglesia argentina.

¿No es significativo este sincronismo sentimental entre las naciones que son hijas del Mediterráneo con las que se recuestan sobre el Pacífico ó bañan con sus ondas las aguas Atlánticas?

Pensémoslo un poco y llegaremos a la conclusión que siquiera por ejemplo de moral ante America, Europa debe poner fin a la guerra.

Ella no debe olvidar que los pueblos jóvenes se hacen viejos si lo que aprenden y ven es

el culto al coraje y el desmedido amor al militarismo.

La Nación Argentina, sobre todo, ha repudiado siempre ser una nación guerrera.

El ejército en ella nunca fué un fin sino un medio ; y por eso el más grande y el más glorioso de sus capitanes envainó su espada en Guayaquil cuando la misión de libertar medio continente, la vió cumplida.

De ahí que la misión de la Nación Argentina haya sido siempre predicar la paz y en combatir, en toda forma, a la violencia. Ha detestado el monopolio de los poderes; ha preferido los pactos y los arbitrajes a soluciones sangrientas; y cuando se trató de proteger al débil contra la fuerza armada que intentaba hacerse oir con sus bocas de fuego sobre el Orinoco — Drago, su estadista, hechó las bases de una nueva doctrina que con la de Monroe completa el doble extremo del

eje moral sobre el que gira todo el continente americano.

De este modo realizó su obra — su obra solidaria que está en germen en el dogma de Mayo — y de este modo también, según la frase bellamente simbólica de Leopoldo Lugones: *llevó un poco de blanco y azul a la conciencia de las Naciones*. (9)

En su doctrina, el oro no puede primar sobre el ideal; y es por esto que en esta emergencia se ha puesto — popularmente — del lado del beligerante más desinteresado, del que menos lucha por conquistar mercados que por integrar una patria con la línea fronteriza de su antigua cultura.

A la penetración de un estadista acaso no se escape este modo de ver y de sentir.

La tempestad de fuego que incendia a la humanidad no se había desencadenado aún ni se pensaba por nadie que estuviera tan

pronta y Clemenceau escribía así : « La América del Norte — nos lo ha significado ya — nada espera sino de sus propias fuerzas. La América del Sud, más modesta en apariencia, me ha parecido revelar en su alma ambiciones que no son menos justificadas. Su tarea está más dividida, más diversificada por los movimientos de particularismo, pero el Congreso Panamericano de Buenos Aires me ha hecho ver que ella tenía plena conciencia de su formidable poder para el porvenir.

La América del Norte está próxima a terminar la conquista de su suelo : de ahí la necesidad inmediata de reflejarse sobre sí misma y de perfeccionar lo que al principio había tan sólo bosquejado.

La América del Sud, más idealista, se encuentra aún en condiciones de gustar de todos los goces de la esperanza. Por este concepto ella nos es más preciosa, porque para noso-

tros—viejos Europeos fatigados por el estéril tumulto de las guerras cuya preparación misma perturba nuestra paz, — hay horas de inquietudes en las cuales tenemos necesidad de esperar. »

Si el estadista francés ha acertado o no en sus predicciones — nos lo dicen elocuentemente los acontecimientos.

Mientras en el viejo mundo se baten a muerte los estados — sólo Dios sabe cuantos hombres de visión luminosa y potente piensan en aquellas tierras americanas de cuyas plantas, orgullosamente, apartara más de una vez sus ojos la Europa.

El momento ha sonado en que las viejas instituciones necesitan de las nuevas — en que los estadistas de un mundo se comuniquen con los estadistas de otro, y en que — por destinos históricos ineludibles — al lado de las testas coronadas, tome su asiento la

democracia vestida del gorro frigio, al lado del cetro que empuñan los emperadores, el bastón de mando — modesto símbolo del poder en las Repúblicas americanas.

Para la América sólo hay un ideal y es éste : la soberanía de cada estado dentro del orden — como la soberanía de cada individuo dentro de la armonía constitucional que rige a todos.

¿ Pero quién no vé que esto no pasará de ser nada más que un bello ideal mientras el mundo sea el monopolio de los colosos?

O la libertad y la independencia de las Naciones es una verdad — o éstas desaparecen en conglomerado común y quedan sus destinos entregados a los caprichos y a las veleidades de un solo amo.

Si a este desastre político no se ha llegado con la guerra presente, el peligro de alcanzar ese fin se ha puesto en claro.

América, como es justo, lanza su grito de alarma y pide — para que la paz sea una verdad — que las naciones se fundamenten en la justicia.

Para esto hay que cerrar definitivamente el ciclo de las conquistas y replegarse cada cual en las fronteras que le marca el destino.

De lo contrario, el equilibrio mundial será un mito y un continente correría el peligro de ser absorbido por otro continente.

Como se sabe — por lección de la historia — las absorciones — más que para los oprimidos — para los opresores — han sido fatales.

América supo salir con valentía de semejante limbo; y ella que ya ha aspirado la brisa de la libertad — porque su doctrina no es egoísmo — porque su mando no importa tiranía — desea, y justamente ambiciona, que lo mismo suceda con todos los estados del mundo.

Por línea directa su filosofía procede de aquella con la que el Padre Las Casas, desafiando el teologismo peninsular y hasta el teologismo europeo entonces en boga, condenara las absorciones de la conquista española : no hay razas nacidas para la esclavitud.— en nombre del Evangelio nadie tiene derecho de implantar su dominación sobre otro.

Con este sol meridiano resplandece hoy, y con ese sol quiere que se calienten — en fraternal consorcio — todos los estados del orbe.

Es éste, y no otro, en esta guerra, el pensamiento de América.

VIII

Lección que a la Francia le depara la guerra. — El milagro del Marne. — Peligro de la demasiada fe en sí mismo. — Si Alemania está en vísperas de desaparecer. — Las universidades arca de refugio para su genio. — El gran Cenáculo y la Francia futura. — Francia, dice el P. Didon, está predestinada para la armonía. — La solución a su problema lo tiene en la tolerancia y en el respeto al derecho común. — El peligro que encierra una sola nación que desentone. — Esta guerra debe terminar con un pacto que garantice el desarme. — Cómo se produce la civilización. — La sangre de Francia. — El principio de una nueva era. — Los ideales de amor, de libertad y de justicia. — La guerra detestada por la literatura. — El militarismo tiene que desaparecer porque es una creación del hombre. — Sería un delito predicar la paz si la visión del mañana fuera la guerra. — El taller de Vulcano.

La guerra actual no cerrará su corriente de sangre sin dejar como sedimento provechoso para la Francia una lección importante : la

necesidad de ser una en la paz como en la guerra, una en el ideal como en el trabajo, una en el dolor como en la esperanza.

La armonía social que la distingue hoy, evidencia sin duda que ella tiene elementos suficientes para atar — como en manojo bíblico — todos sus destinos en uno.

Bajo lo inspiración del peligro — como queda dicho — pasó de la discordia al orden; y mientras el coloso parecía que la iba a sacudir entre sus garras — un numen celestial la inspiró y produjo el milagro del Marne.

Una vez más demostró que ella era ahora la misma Francia descrita por Tocqueville — esa Francia hecha más para el heroísmo que para la virtud, más dominada por el genio que por el buen sentido — siempre provocadora de la admiración —

algunas veces de la piedad, pero jamás de la indiferencia.

Con todo, es justo reconocer que la demasiada fé en sí misma puede ser un peligro para las naciones cuando a esa fé no le acompaña la acción eficaz que la cimente.

Se habla en todos los tonos que Alemania — ahora menos que antes — está en vísperas de perecer como nación. Pero yo me pregunto; ¿Es fácil que una nación desaparezca porque desaparezcan los factores que han roto en un momento dado su equilibrio?

¿Desapareció la Francia porque Napoleón III capituló en Sedan?

El pangermanismo podrá ser derrotado — el militarismo prusiano depurado de sus ambiciones guerreras, y hasta el imperio substituído por una monarquía constitucional o si se quiere por una presidencia republicana; pero tendremos que aceptar que eso no for-

ma la unidad de un pueblo, la cohesión de una raza, la fuerza política de un estado.

Treinta años atrás y cuando la herida abierta por la guerra sangraba aún en la Francia — el Padre Didon decía : « La obra del canciller podrá fracasar porque al fin ella no tiene el sello inmortal de la justicia; pero la obra profunda de las universidades, ésa sí tiene un gran porvenir.

Cualquiera que sean los desastres que sobrevengan a Alemania — las universidades serán como el arca donde se refugiará su genio durante la tormenta. Por lo demás, es necesario decirlo, ni la forma imperial, ni la Alsacia ni la Lorena son necesarias a la unidad alemana; así encarada esta unidad, nada tiene que pueda ofendernos, nada que indigne a nuestro patriotismo. »

Pienso — pues — que para la Francia militante, le será de más provecho tener antes

sus ojos el problema de su cohesión nacional, que hacer más o me nos divagaciones proféticas sobre el destino de su invasor.

Sin duda que en este preciso momento, esta idea no puede ocupar en ella, en su mentalidad, en su corazón, el primer plano.

Tiene el enemigo en casa y debe de pensar en desalojarlo. Es ésta una tarea a cumplir — la misión que su gran ejército debe desempeñar; pero concluída ella — libre el suelo sagrado del invasor que pasó su frontera — es obra de sus estadistas, de sus hombres de acción, de todos los que plasman en una manera o en otra el pensamiento, reunirse en gran cenáculo y fijar las bases de la Francia futura.

Es ésta la obra grande, la empresa gígantesca que le depara la guerra. ¿ Qué habrá obstáculos en el camino ? ¿Qué no todas las

opiniones convergerán a un mismo punto, a una misma finalidad?

En cuanto a los obstáculos, nada hay en lo humano que para el hombre no sea vencible. En cuanto a las opiniones, si éstas son patrióticas, deben ser concordantes; faltas de ese carácter, no pesan nada y de antemano deben hacerse de lado.

« No hay ningún pueblo — dice el mismo escritor citado — tan predestinado como Francia para la armonía.

« El carácter geográfico de nuestro territorio acusa esta predestinación; y cualquiera que observe el fondo del alma francesa descubrirá en ella una potencia de expansión sin igual, un deseo de armonía fraternal que va hasta la pasión. »

Sólo resta buscar o señalar el punto en que esta armonía se realice. ¿Dónde encontrarle? El Padre Didon se propuso en su época este

mismo interrogante y significó que la Francia no podría realizar esta armonía ni en el terreno de la religión, ni en el de la filosofía y mucho menos en el de la política.

La unidad religiosa, según él, ya estaba quebrada; y tanto cualquier sistema filosófico como cualquier partido político — era candoroso creer que la pudiera realizar.

« No queda más remedio — dijo él — que replegarse dentro del derecho común garantido por la ley y libremente practicado por el Estado mismo en una alta institución de enseñanza superior. »

He ahí señalada, por la pluma de un gran patriota, la solución al problema de la unidad que reclama imperativamente la Francia.

Por un lado, la tolerancia — el respeto al derecho de todos; por otra parte, la cultura y la cultura universitaria, única fuerza que

podrá provocar la pacificación de los espíritus y la unidad nacional. (10)

Pero a nadie se le escapa que esta obra regeneradora — esta obra de pacificación y de cultura —, no es posible realizarla en la amplitud de sus beneficios, mientras en el concierto de las naciones haya una sola que desentone por su desmedido amor a la guerra.

Francia no podrá realizar su ideal mientras su vecino se arme hasta los dientes, mientras a la fuerza militarizada consagre todo — le ofrenda todo.

He ahí por qué esta guerra debe terminar con un pacto de paz que tenga por garantía el desarme.

De lo contrario, Francia cerrará un sepulcro para abrir otro y todos sus esfuerzos tendientes a hacer de la vida espiritual el supremo anhelo — chocarán contra las bayo-

netas, contra los obuses creadores en germen de otra funesta guerra.

La civilización se produce por la solidaridad de los elementos y basta que uno de ellos desentone para que se entronice la barbarie.

Es esto lo que en este momento se quiere evitar, y como holocausto para tal empresa corre con otras—generosamente—la sangre de Francia.

Yo no puedo predecir el futuro, yo carezco de la visión apocalíptica para descifrar los arcanos con que el destino encubre a los pueblos ; pero si las inquietudes de la conciencia humana sirven para revelar ahora, como revelaron en otro tiempo, las nuevas etapas de la civilización, yo puedo afirmar, con espíritu convencido, que la efusión de sangre que en la hora actual enrrojece el suelo de la Europa, no es otra cosa que el

principio de una nueva era que, para ser de paz, de fraternidad cimentada en el dolor común, ha tenido necesidad de decir su adiós al pasado sufriendo este paroxismo sangriento, pasando por este macabro espectáculo, superior, por su extensión como por su intensidad, a los acumulados por el brazo del hombre en los tiempos bárbaros.

Si esto no sucediera así, la humanidad sería el más grande de los fracasos. Las conquistas de la civilización se traducirían en el refinamiento de la barbarie; y los grandes ideales de libertad, de amor y de justicia que brillan sobre nuestra frente como lucero matinal en nuestra ruta terrestre, se resolverían en nada, perderían su belleza, su razón de ser.

Creo que al presentir esta nueva era, no hago otra cosa que hablar recogiendo las impresiones que el espíritu —atento a la

marcha de los acontecimientos — recoge por todas partes.

¿ Y quién no vé que no hay un solo corazón — una sola alma — que aplauda, que victorée a la guerra? ¿ Se quiere una guerra más detestada de la literatura que la guerra presente ? ¿ Quién toma la pluma para cantarla, para ofrendarle los más puros homenajes del pensamiento?

Lo que se escribe sobre ella es para exponer el anatema que su fisonomía inhumana provoca en los labios de todos.

Si alguna escuela militar la encuentra justa — digna del hombre y de los pueblos que avanzan en la cultura — esa escuela por más que las formas de la marcialidad y de la disciplina la acompañen — demostrará tan sólo que las aberraciones no han muerto y que, en la playa del pensamiento, como en la que atreviesan los pueblos para cumplir su

destino, sobre la arena que el mar refresca, no es extraño encontrar, entre las reverberaciones de la luz solar, guijarros que lastimen y hagan sangrar al caminante.

El militarismo tiene que desaparecer porque es una creación del hombre y no un estado, una condición *sine qua non* de la humanidad.

Ésta ha nacido en la libertad y a la libertad debe marchar si de la vida no se quiere hacer un patíbulo y del mundo que habitamos una cárcel.

Si otro fuera el fin de la vida, el delito sería predicar la paz y a todos y a cada uno nos incumbiría el deber de estar alerta como si la visión del mañana fuera la guerra.

El absurdo es tan enorme que la inteligencia humana reacciona por sí sola a la indicación de este enunciado.

Corramos en la vida al soplo de la brisa

que refresca los campos y no suspiremos por el vendaval que lo arrasa todo y que, con el polvo insalubre que su aquilón levanta, arrastra al alto cedro como a la más modesta florecilla de las praderas.

El hombre ha nacido para volar con el espíritu y no para gastar sus energías — forjando en el taller de Vulcano — las armas que lo retrogradarán a la barbarie.

NOTAS

NOTAS

---

(1) A esta afirmación que es común a la teología alemana como a una gran parte de los teólogos romanistas, un pastor protestante — de nacionalidad francesa — responde así :

« ¿ *La guerra, un castigo de Dios*? Luego Dios es responsable de la guerra. Nadie puede escapar a esta conclusión. El único argumento que podría invocarse sería el de decir que los pecados de los hombres le obligan a Dios a intervenir de este modo. ¿ Pero, quién no vé que este argumento tan débil no puede subsistir? ¿ Qué Dios es ese que para atraerse a los hombres no dispone, a fin de cuentas, de otros medios que de la violencia y de la fuerza brutal? Es la derrota del Amor, del Amor que se bate en retirada. Aun más, es la victoria de la humanidad bestial. Porque estamos en presencia de este dilema : o

la guerra es el bien, o la guerra es el mal; o hay que bendicirla, o hay que maldecirla. Y en este punto no hay duda posible; el testimonio de la conciencía humana es claro y neto : la conciencia humana afirma que la guerra es un crimen.

« No es por lo tanto Dios quien la desencadena. El Dios de Jesucristo es el Dios que ha sido, que es y que será eternamente el Dios santo, el Dios bueno. Dios es la voluntad libre que quiere el bien y que en modo alguno hace pacto con el mal.

« Cuando el hombre hace uso de su libertad para marchar hacia Dios, vive dentro de la armonía, Dios actúa en él, y en él y por él crea el bien. Pero cuando el hombre hace uso de su libertad para alejarse de Dios, él se entrega al mal, no a Dios. Es entonces el mal, y no Dios, quien obra en él, y por consiguiente el desorden y el sufrimiento que acompañan al mal no son obra de Dios, sino obra del mal. »

Henry Barbier, Pastor de la iglesia reformada de Lion.

(2) En ese mismo discurso al hablar de Reims tiene un trozo literario digno de ser citado. « Después de siete meses — dice — los iconoclastas se ensañan brutalmente sobre este monumento de nuestra historia — sobre este altar de Juana-de-Arco. Cuidémosnos de no tocar jamás estas ruinas. Es necesario conservarlas ; es necesario que la catedrad de Reims quede tal cual está ante el juicio de la posteridad y se levante contra el ultraje alemán. La belleza mutilada quede en pie, espectro de la impasible, espectro de la Justicia acusadora en una protesta eternal. »

(3) El concepto de *Maestros absolutos* debe restringirlo el lector a una influencia comercial poderosa que pueda ser una nota de alarma, pero nunca a un peligro, ni remoto, de anexiones fantásticas. El Brasil tiene un alto concepto de su soberanía y no permitiría que una potencia extraña, dentro de sus fronteras, atentara contra la sagrada inviolabilidad del estado.

(4) Los protestantes franceses no se han quedado atrás y han dado como, era de esperar, brillantes ejemplos. La *Revue Chrétienne* publica en los números de septiembre a diciembre de 1914 largas listas de franceses pertenecientes a la iglesia reformada heridos unos, muertos en el campo del honor los otros.

Hay en ellas un general — un teniente coronel — comandantes — capitanes — tenientes — subtenientes — soldados y capellanes. Todo el escalafón militar lo han rociado — en crecido número — con su tributo de sangre.

(5) El número de eclesiásticos movilizados durante la guerra, entre combatientes y no combatientes, se calcula en número de 20.000.

La ley militar francesa exceptúa del servicio militar activo a los sacerdotes que están en la edad de los treinta a los cuarenta y seis años. Éstos desempeñan el oficio de enfermeros, camillcros y capellanes.

Los exceptuados del servicio por razón de enfermadad son ocupados en los servicios de secretaría — administración, intendencia, etc. etc. ; — todos los demás — los que están dentro de la edad reglamentaria — son combatientes.

(6) Sería una empresa más que difícil explicar la guerra actual con los elementos que pudiera proporcionar la razón teológica.

El cisma en este punto es profundo; y no solamente los católicós no se entienden, sino que entre los mismos protestantes, no es posible armonizar la mentalidad teológica con relación a esta lucha.

El sacerdote Hein, miembro del Reichtag, ha dicho: « Es cierto que nuestros soldados han fusilado en Francia y en Bélgica todos los pillos, hombres, mujeres y niños, lo mismo que destruído sus habitaciones. Pero el que piense que esto es contrario a las enseñanzas de la doctrina cristiana demuestra que no tiene la menor inteligencia del verdadero espíritu de Cristo. » Los jesuítas alemanes agregan: « Alemania y Austria están unidas por la guerra más justa que jamás haya visto la historia. Pero falta un batallón a la movilización. Nosotros — nosotros los niños desterrados de Alemania — queremos estar ahí. » Este voto lo consiguieron y ocupan la plaza de enfermeros y capellanes.

Lo curioso es esto: El pastor Rade dice que el espectáculo de la movilización ha debido alegrar a los Ángeles. Adolfo Harnach, el célebre teólogo, dice que en la violación del territorio belga, el Imperio

se ha conformado al principio enunciado por Jesús en estos términos : « ¿ No habéis leído en la Ley que el día del sábado los sacerdotes violan en el templo el reposo sabático y mientras tanto son inocentes? »

Para los predicadores alemanes — escribe un crítico — es texto predilecto el siguiente : « Moisés envía sus mensajeros al rey de Edon para decirle : Dejanos pasar por tu país ; nosotros seguiremos el camino real, sin volver a derecha o a izquierda. Edon respondió : Tú no pasarás, yo iré a tú encuentro con la espada. » (Libro de los Númenos, XX-14-21).

Según la Biblia, Moisés no insistió. El Kaiser, por el contrario, ha desenvainado su espada.

« Nuestros adversarios de hoy — dicen los protestantes franceses por medio de su pastor John Vienot — son los restos degenerados de un pueblo que tuvo sus grandezas, pero que se ha perdido por el materialismo, el dinero, el egoísmo, el orgullo más formidable y a la vez más insensato que jamás haya aparecido sobre la tierra. ¿ Llamaros vosotros, los hijos de la Reforma ? No, vosotros no lo sois.

« Vosotros no sois más que los adoradores de la Fuerza, que los peregrinos sin alma arrodillados ante el becerro de oro. » Y anatematizando los horrores de Bélgica, agrega : « Éstos no pueden ser los

hijos de la Reforma, por que en Alemania la Reforma ha sido encadenada y reducida a la imposibilidad de llevar a la masa del pueblo sus frutos de moralidad y de vida religiosa que no pueden brotar y reflorecer que en el terreno de la libertad. » El pastor Henry Barbier nos dice : « Hermanos — hablemos claramente y sin ambages : ESTA GUERRA ES LA DERROTA DE NUESTRO CRISTIANISMO. Porque el mundo cristiano ya no era cristiano y porque las iglesias cristianas eran impropiamente cristianas y se servían de Cristo, en lugar de servirle a Cristo, FUÉ NECESARIO QUE ESTA GUERRA LLEGARA.

« Ellas han hecho de la religión un instrumento de gobierno y de política y al hablar así no me refiero sólo a la iglesia católica, sino también a la concepción de la religión que he encontrado en medio de la nobleza protestante alemana donde yo he vivido hace pocos años como preceptor. »

Si es el caso de preguntar quién tiene la verdad, lo dirá el lector. — El laberinto es tan grande, que al querer esclarecer la duda, nuestro pensamiento encuentra más honda la crisis.

Por tal sendero de la conflagración que nos envuelve, la túnica del Cristianismo va en camino de salir hecha pedazos.

(7) Un comité católico de propaganda francesa para el extranjero, acaba de formarse en París. Son sus presidentes honorarios el cardenal Luçon, arzobispo de Reims, y el cardenal Amette, arzobispo de París.

Monseñor Baudrillart, rector del Instituto católico — es su director. Una cantidad de publicistas — hombres de letras — académicos y monseñores — integran la comisión.

La primera obra de este comité ha sido publicada y lleva par título : *La Guerra Alemana y el Catolicismo*.

Los diversos escritores que han colaborado en este alegato tienen por fin defender la Francia, impedir que se arroje sobre ella el estigma de impiedad.

« Nosotros sabemos lo que es la doctrina católica y lo que exige, cuales son las ideas que ella quiere que reinen y cuales son los actos que prohibe aún en tiempo de guerra. Y bien; mirad lo que hace la Alemania y mirad lo que hace la Francia.

« Mirad si por la doctrina de sus intelectuales, por su manera de conducirse en la guerra, por los actos de sus jefes y de sus soldados, Alemania no se manifiesta, malgrado las declaraciones religiosas de

su soberano, como el adversario teórico y práctico del catolicismo, aun mismo de todo cristianismo.

Por otra parte — hechad una mirada a los servicios prestados a la fé católica por la nación francesa en el pasado como en el presente; considerad hoy mismo la actitud de sus sacerdotes, de sus soldados, de la mayor parte de sus habitantes y mirad si esta nación no es más fiel a la iglesia que la Alemania del Kaiser, *la amiga de Lutero*. »

Los católicos alemanes no se silenciarán por cierto ante este desafío del catolicismo francés. Dentro de la iglesia se abre una nueva era; y para la suerte de su unidad doctrinal, nada halagadora por cierto, pues lo es de discordia, de desinteligencia entre los fieles que profesan su fé, no en uno, sino en diferentes estados de Europa.

(8) El hundimiento del *Dresden*, provocado por el ataque de naves inglesas en aguas chilenas, obligó al gobierno de Chile a remitir simultáneamente a los gabinetes de Londres y de Berlín una reclamación.

Esta protesta ha sido comentada por la prensa Americana y el diario de Santiago de Chile — La Unión — se expresa en estos términos :

« Los pueblos americanos no tienen grandes escuadras ni numerosos ejércitos para contestar a los atropellos de la fuerza europea, pero tienen armas más poderosas como ser la unión de sus intereses, pues el día que un país europeo sea boicoteado por América, se le habrá hecho un daño mayor que si se le venciera en los campos de batalla. »

En el momento de escribir estas líneas me llega « Le Temps », y en sus columnas me encuentro con la respuesta inglesa concebida poco más o menos en estos términos : Por informes que tenía la Gran Bretaña, el *Dresden* no había querido aceptar la internación que le correspondía y que le había impuesto la autoridad chilena, enarbolaba la bandera alemana y sus cañones estaban en condiciones de hacer fuego. Podía escapar de un momento a otro y atacar, como lo hacía, el comercio inglés. Es por esta razón

que las naves inglesas lo atacaron, aun violando una neutralidad que debieran respetar.

« Le Temps » agrega que según despachos de Chile los diarios se muestran satisfechos de la actitud de Inglaterra y que sus explicaciones ponen en evidencia que la Gran Bretaña reconoce en los pueblos débiles — como arma de respeto — el derecho.

La respuesta del gobierno alemán no ha llegado a nuestro conocimiento. El *Dresden* había pasado del plazo acordado para permanecer en la bahía de Cumberland, en cuyas aguas las naves inglesas le presentaron combate.

(9) En « La Nación » de Buenos Aires Leopoldo, Lugones ha publicado su *Elogio de Ameghino.*

De este bello trabajo quiero entresacar un párrafo que tiene una relación directa con lo dicho sobre la simpatía francesa en las líneas precedentes.

Recuerda Lugones en su estudio que el sabio argentino estaba desposado con una hija de Francia y al patentizar los méritos de la esposa — nos dice :

« Mientras él hallábase ausente, despachaba ella en la librería, allegando, así, los cuartos que daban para vivir con estrechez y costear las exploraciones. En la vieja casa de La Plata, donde residía el matrimonio desde 1886, ella había formado y acordonado con propiedad los macizos que convierten el patio en un pequeño tallar de espontaneidad salvaje. Era esto un recuerdo, quizá de la alquería normanda donde Ameghino la conoció durante sus exploraciones en Francia.

Y aquí conviene citar, pues fué uno entre los grandes cariños del sabio, aquella noble tierra donde halló justicia primero que en la propia, esposa y verbo comunicativo para su ciencia. Así resaltaba en él esa irradiación mental de Francia, que es para todo espíritu superior lo que la luz para el diamante. La chispa genial con que había nacido, dióle natural-

mente aquel rumbo. El alma inmortal busca la inmortalidad en la luz, que la posee por condición específica, y Francia es como una estrella : tiene la misma sensibilidad vibrante y la discreta hermosura; pero también la inmutable fijeza y la intensidad terrible. Y su ser no es más que un rayo de luz, y con él no pueden todas las sombras de la noche. Cree el titán soplarla como una chispa, porque la vé de lejos; mas, no bien va acercándose, el punto luminoso se agranda en astro magnífico. Ya es sol ahora, torbellino de fuego, y le dá en la cara su llamarada insostenible. Nación, espíritu, patria de la esperanza: este es el momento de confesar tu amor y de honrarse con tu insigne peligro. »

(10) He aquí un caso que explica los beneficios de la tolerancia.

« El otro día — dice en un discurso pronunciado en el *Oratorio* de Paris el pastor John Vienot — el redactor de una revista protestante ha recibido las líneas siguientes: «Me alegro sobremanera de la reaparición de la revista y he recibido su último número con verdadera estima.

« Todos mis homenajes al patriótico comportamiento de nuestros intrépidos hermanos *separados*, pero estrechamente *unidos* en la Patria : — El coraje y el sacrificio expontáneo pertenece a todas opiniones, lo mismo que a toda fé religiosa.

« Con vosotros y con la revista — mis votos por los soldados de Francia. Firmado — Abbé X. — ¿ No es esto magnífico — continúa el orador reformista — no es esto tocante ? La unión sagrada — la unión cristiana — vedla ahí realizadas en el corazón de este sacerdote desconocido. »

No menos significativas son las cartas cambiadas entre el pastor Luis Gonin, presidente del Congreso presbiterial de la iglesia reformada y evangélica de Reims, con su Eminencia el cardenal Luçon, arzobispo de la infortunada ciudad.

El pastor protestante dice en su carta :

« La Catedral de Reims pertence en efecto a toda la Cristiandad. Más de un miembro de nuestra iglesia ha recobrado — a la sombra de sus bóvedas — durante el silencio y el recogimiento, fuerza y coraje.

Es, pues, en la más estrecha comunión de sufrimientos, que yo me permito de dirigira Monseñor, — con la expresión de nuestra simpatía cristiana más verdadera — el homenaje de mi respeto. »

Por su parte contesta el purpurado francés : « La catedral ante todo era la casa de Dios, de las almas y de las plegarias al mismo tiempo, el monumento magnífico de nuestros recuerdos nacionales más sagrados y he aquí porqué todas las heridas que ella ha recibido han lastimado todos los corazones franceses.

« Yo comparto mi dolor con el que a usted le ha causado — señor pastor — el incendio de nuestro templo.

« Que Dios quiera poner término a nuestra prueba y darnos por largo tiempo el beneficio de la paz. »

FIN

INDICE

Introducción. 9

I

El ambiente de París y los dos momentos. — La guerra fué para Francia una sorpresa. — El grito de alerta dado por el Senador Humbert. — La reacción patriótica. — Cómo se hizo el patriotismo. — El enemigo sobre París. — El momento de mi partida. — Lo que es ahora París. — La visita de los Zepelines no lo inquieta. — Los heridos y el cortejo público. — La confianza en la victoria. — El Arco de la Estrella sitio de rendez-vous para los vencedores. — El abrazo de las naciones. 13

II

La humanidad constreñida como el Lacoonte helénico. — Los pacifistas y los no pacifistas. — La hecatombe del dolor humano. — El hálito que cruza por Europa. — A lo que está dispuesta la Francia. — Una declaración oficial de Viviani. — Una corriente de dolor común une a la Francia con los Estados de América. — Alemania no es un imperio arcaico. — La manera de hacer la guerra le ha restado una gran parte de opinión mundial. — La protesta que viene a mis labios. — En una página de sinceridal, el Cardenal Mercier relata los horrores alemanes en Bélgica. — Sólo a los Alemanes puede interesarles el ocultar la verdad. — Lo que puede y lo que no puede discutirse. — La mentalidad latina y su sensibilidad de origen. — Alemania y Francia según Ernesto Lavisse. — La *Revue des Nations* y el profesor G. Lanson. — Flammarion y su reciente discurso en la Sorbona. — El abismo a salvar. 25

III

Cuestión que interesa vivamente a la Francia. — Donde se encuentra la nacionalidad. — Los Galos y el Rin. — Opinión de un publicista al respecto. — Problema planteado por la guerra. — El Rin cuestión flagrante del continente según Víctor Hugo. — De dos estados rivales él deseaba hacer dos estados armónicos. — Dos egoísmos que según su criterio amenazaban a la civilización. — Francia después de Waterloo. — Antipatía que podría convertirse en odio. — El gran poeta salva el peligro proponiendo que vuelva a la Francia la rivera izquierda del Rin. — A la mutilación que le causó el Congreso de Viena, Francia tuvo que agregar la que le causó la Prusia. — El espíritu nacional francés se despierta hoy bajo nuevos estímulos. — En el Rin está toda la historia de Europa. — Es mejor hacer por la

razón lo que de otro modo se deberá hacer por la fuerza. — No se deshonran los pueblos al rectificar sus errores. — El Rin no recrobrará su trasparencia, dice el P. Didon, hasta que la herida de Alsacia y Lorena no deje de sangrar. — El sueño de Alemania. — En la lucha por la preeminencia la victoria pertenece al de mejor visión. — El ritmo que accompaña a las naciones. 47

IV

Como ha entrado Francia en la guerra. — El tratado de Francfort. — Idea reivindicadora. — Francia no podía renunciar a la ley de revancha. — Los que en esta idea vieron una empresa imposible. — Todas las divisiones desaparecen ante la tragedia. — Su ideal de revancha no se apoyaba en la fuerza del Entente, sino en el instinto hacia posesión de sus imprescindibles derechos. — Francia se bate por una ley histórica. — El pensamiento alemán

se desenvuelve por senderos distintos. — Cómo encara un excanciller alemán la cuestión de Alsacia y Lorena. — Las estipulaciones del tratado de Francfort — según él — son inmutables. — El concepto de necesidad en un estado sufre las fluctuaciones del tiempo. — Alemania y la crisis de su intransigencia política. — Los destinos sociales y la fuerza militar más organizada. — Una corriente pacificadora se abre camino en Alemania. — El coloso y la victoria. — Un francés que tuvo la visión del momento. — A la cautividad hay que ponerle fin. 63

V

Alemania a la vanguardia de la civilización. — La creación bismarckiana. — El lenguaje del militarismo desentona en la mentalidad latina. — Ranke y el estado prusiano. — El Padre Didon y el Pangermanismo. — Cómo, según él, se forma

el patriotismo en Alemania. — Una anécdota. — La obra pangermanista según el abate Wetterlé. — La doctrina militar de von Bernardhi. — Cuando Alemania terminará su obra imperial. — Geógrafos alemanes según Henri Albert. — El monopolio de las razas y el monopolio de los mares. — Las naciones se imitan unas a otras. — Los estadistas franceses frente al enemigo. — La opinión de Paul Appel, de Bergson, de Clemenceau. — Las guerras de conquista ya tienen su sudario en la historia. — Según Maurice Barrés, la guerra no es para Francia guerra de gloria sino de salud pública. — El pangermanisno provocó la revancha. — La sociedad moderna no admite los imperialismos ni los superhombres. — La fraternidad debe ser el rasgo de todos. — La ciencia puede brillar, pero no ofender. 79

VI

El espíritu francés bajo una inspiración común. — El partido socialista y la patria. — El elemento católico. — La historia de los Francos es en

parte la historia de la iglesia. — El clero francés. — Las cabezas tonsuradas y el tributo de sangre. — Una clave a descifrar. — El cristianismo y la doctrina del Maestro. — Autoridad que sintetiza los intereses del hombre. — Los siglos medios no le asignaron al patriotismo el rol que le correspondía. — La patria — según la moderna civilizaciòn — debe ser defendida por todos. — Abolición de los fueros. — Proselitismo que arrastra el clero que se bate. — Horizonte que es propio del clero. — Las iglesias de Francia. — Augusto Melot, diputado por Namur. — El avance del ejército de von Kluck y los fieles de una iglesia de Neuilly. — Troso oratorio del Padre Ruhn. — El esfuerzo oratorio. — La patria utiliza todos los recursos. — Los alemanes no dicen que emprenden una guerra de religión. — Católicos y protestantes, dice Gorres — hemos pecado en nuestros padres. — El Barón de Soe y el excanciller Bülow. — Según él, no hay una Alemania católica, ni otra protestante ; no hay más que una nación indivisible. — El comportamiento de sus soldados en Bélgica lo confirma. — El patriotismo en su unidad es más fuerte que la religión. — El Vaticano no puede en

este momento estrechar voluntades. — Roma no protestó — dice el Profesor Loisy-contra los atentados alemanes en Bélgica por el temor a un cisma. — Respuesta de Gregorio XVI a Lamennais. — Los católicos del Entente se esfuerzan por desenmascarar al catolicismo alemán. — Una página de René Bazin. — La intriga palaciega en el Vaticano. — Resortes tocados por la diplomacia de Austria, de Prusia y de Baviera para conquistar purpurados. — Un dilema. — Cómo Bazin dá a conocer su entrevista con el Papa. — Lo que desearía saber la opinión francesa. — La confesión católica y la corriente liberal. — El acercamiento político entre el Vaticano y la Francia oficial se palpita. — Problemas religiosos que tendrá que resolver la República. — La Santa Sede y la neutralidad. 105

VII

Choque de la guerra en el Plata. — La América del sur y la Europa meridional. — Influencia de España y Francia. — La filosofía de la Indepen-

dencia Argentina y la Tabla de los Derechos del Hombre. — La Argentina abierta a todas las influencias. — El puerto de Buenos Aires. — Los dones de la naturaleza y los dones del hombre. — La crisis del viejo continente y la economía americana. — Los bloqueos y los corsarios. — El grupo de naciones americanas que pueden influir y deliberar en el Congreso de las Naciones. — De qué se preocupan en la actualidad los estadistas sud-americanos. — La Europa madre de la civilización. — La solidaridad con Europa. — El sincronismo sentimental. — Una razón por la cual Europa debe poner fin a la guerra. — La Argentina repudió ser una nación guerrera. — Por qué ha preferido los pactos y los arbitrajes. — La obra que está en germen en el dogma de Mayo. — Una frase de Leopoldo Lugones. — Por qué se encuentra ella, popularmente, del lado del beligerante más desinteresado. — Opinión de Clemenceau sobre los destinos de la América del Sud. — Las testas coronadas y la democracia. — Un dilema político. — América pide que las naciones se fundamenten en la justicia. — Su doctrina es la misma que el Padre Las Casas sostuvo contra el teologismo peninsular. — Su sol meridiano . . . 133

VIII

Lección que a la Francia le depara la guerra. — El milagro del Marne. — Peligro de la demasiada fe en sí mismo. — Si Alemania está en vísperas de desaparecer. — Las universidades arca de refugio para su genio. — El gran Cenáculo y la Francia futura. — Francia, dice el P. Didon, está predestinada para la armonía. — La solución a su problema lo tiene en la tolerancia y en el respeto al derecho común. — El peligro que encierra una sola nación que desentone. — Esta guerra debe de terminar con un pacto que garantice el desarme. — Cómo se produce la civilización. — La sangre de Francia. — El principio de una nueva era. — Los ideales de amor, de libertad y de justicia. — La guerra detestada por la lite-

ratura. — El militarismo tiene que desaparecer porque es una creación del hombre. — Sería un delito predicar la paz si la visión del mañana fuera la guerra. — El taller de Vulcano. 151

Notas. 165

SAINT-DENIS. — IMP. Vᵉ BOUILLANT ET J. DARDAILLON





Saint-Denis. — Imp. Vve Bouillant et J. Dardaillon.

